

Selección

TERROR

NOCHES DE AMOR ETERNO

LOU CARRIGAN

—No seas ilusa —resonó de nuevo la voz estremeciéndola—. Sólo estás prolongando tu agonía. De un modo u otro, tienes que morir. Ven y deja que acabe contigo como hice con las otras. Tengo que hacerlo, ¿comprendes? ¿Acaso prefieres quedarte aquí abajo para siempre, y que él te devore? Yo te ofrezco algo mucho mejor: una muerte lo bastante rápida, y luego te llevaré arriba, y te dejaré en la carretera, para que te recojan… Vendrán a buscarte los tuyos, y te enterrarán en el bonito panteón familiar, o quizá te incineren y te tiren al mar… ¿No es mejor que ser comida viva?



Lou Carrigan

Noches de amor eterno

Bolsilibros: Selección Terror - 177

ePub r1.0
xico_weno 18.10.17

Título original: *Noches de amor eterno*
Lou Carrigan, 1976
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

La sexta víctima

UN rayo de sol entraba por la ventana del apartamento, abierta, y caía sobre la musculosa espalda bronceada del sujeto cuando sonó el teléfono en la mesita de noche.

El hombre se movió lo justo para tender el brazo hacia el aparato, dando así lugar a un asombroso, increíble, pasmoso relieve muscular, y los dedos, largos y fuertes, tomaron el auricular como si fuesen a convertirlo en papilla, y lo llevaron hasta la oreja derecha.

—¿Qué hay? —masculló, adormilado.

—Sí, maldita sea, soy yo: Cliff Nash —un ojo gris apareció cuando movió la cabeza, para poder ver la hora en el reloj despertador—. Y son las siete menos cuarto de la mañana y…

—…

—¿Qué?

—…

Cliff Nash dio un salto, y quedó sentado en la cama, en una especie de acrobacia, de contorsión formidable. Ni una pizca de sueño quedó en sus grises ojos, que destellaron furiosamente.

—¿Dónde? —preguntó.

—…

—Voy para allá. Veinte minutos.

Colgó el auricular, saltó de la cama, abrió el armario, y tomó las primeras ropas que le vinieron a mano: unos viejos pantalones tejanos que utilizaba para ir a pescar, un jersey negro de hilo, y, sin acordarse de los calcetines, se puso unas zapatillas deportivas. Tampoco se acordó de lavarse, peinarse y afeitarse. Sin más, se lanzó fuera del apartamento, y medio minuto después estaba poniendo en marcha su coche, para salir disparado como en la más importante y feroz carrera automovilística.

Veintidós minutos más tarde, había cruzado Las Vegas, North Las Vegas, y divisaba ya, a lo lejos, los dos coches detenidos a un

lado de la carretera. Uno de los coches era de la Policía, lo habría identificado desde mil millas de distancia.

Y finalmente, cuando apenas se habían cumplido los veintidós minutos y medio de la llamada telefónica, el teniente Clifford Nash, de la Sección de Homicidios del Departamento de Policía de Las Vegas, saltaba de su coche, que detuvo en seco detrás del de la patrulla de la Policía. Junto a este coche estaban los dos agentes de la dotación, y un paisano, que parecía muy asustado, y fumaba nerviosamente.

Uno de los agentes uniformados se acercó, y Nash llevó la mano en busca de su credencial, refunfuñando al darse cuenta de que no la había tomado. No llevaba en los bolsillos ni un centavo; ni siquiera un pañuelo.

—Buenos días, señor —saludó el agente.

Clifford Nash frunció el ceño.

—¿Usted llamó por la radio del coche al Departamento?

—Sí señor.

—Bien… Desde allí me llamaron a mí; espero que no tardarán en venir algunos más. No llevo ninguna documentación encima, pero soy…

—Le conozco muy bien, teniente —sonrió a medias el policía—. Y estaba seguro de que sería usted el primero en llegar. Supongo que quiere usted verla.

Señaló hacia detrás de él por encima del hombro, hacia fuera de la carretera.

—Desde luego —musitó Cliff.

Fueron los dos hacia allí. Casi en el mismo borde de la carretera, Cliff vio el bulto cubierto con una manta de viaje. Llegó allí, alzó la manta, y se quedó mirando, inexpresivo, a la muchacha.

No hacía falta ser un experto como Nash para ver que había sido estrangulada. Tenía la lengua fuera, las facciones desencajadas, los ojos poco menos que fuera de las órbitas. En la lividez de su garganta destacaban con espantosa claridad las huellas de unos dedos grandes, fuertes; parecían como pintadas. Pintadas de azul oscuro casi negro. Había tal terror en la postrera expresión de aquella desdichada criatura que, finalmente, Cliff no pudo evitar el estremecimiento.

Dejó caer la manta, se pasó la lengua por los labios, y se volvió.

Instintivamente, buscó cigarrillos, y el policía de uniforme que lo comprendió, le tendió los suyos. Cliff aspiró profundamente la primera bocanada de veneno del día, dio las gracias con un gesto, y su gris mirada, por fin, fue hacia el asustado paisano que a su vez lo contemplaba con inquietud.

—¿Él la encontró?

—Sí, señor. Es viajante. Tenía que estar en Cedar City, Utah, para este mediodía, así que decidió salir temprano de Las Vegas. Pasó a mucha velocidad cerca del cadáver, pero dice que aunque sólo vio una cosa clara al borde de la carretera, le llamó la atención, así que frenó, regresó, y vio a la muchacha. La cubrió con la manta de su coche y regresó, hasta encontramos cerca de North Las Vegas.

—¿Le han tomado los datos?

—Sí, señor. Sabemos cómo se llama, dónde vive, y dónde va a estar durante toda una semana.

Cliff asintió con la cabeza. Fue a su coche, alzó el capó del portamaletas, y sacó su vieja manta, con la cual cubrió el cadáver, tras apartar la del hombre. Se la llevó, tendiéndosela, y dijo:

—Gracias por su aviso. Puede seguir.

El hombre se quedó atontado.

—¿Puedo seguir?

—Así es. A menos que sepa usted algo más de lo que ha dicho a los agentes, cosa que dudo. ¿O me equivoco?

—No… no, no, claro. Yo iba hacia Utah, la vi… Eso es todo.

—Como siempre. Gracias de nuevo y feliz viaje.

Incrédulo, pero no poco feliz por la facilidad con que podía seguir su viaje, el hombre fue a su coche, guardó la manta tras una vacilación y, segundos después, seguía su camino.

Cliff Nash se quedó mirando hacia el bulto al lado de la carretera, sombrío el gesto.

—Sí —musitó—. He dicho bien: como siempre.

* * *

—Como siempre —dijo el capitán Jarvis—. Rubia, joven y bonita.

—Sí, señor —murmuró Cliff.

—Y naturalmente, no tardaremos en enteramos de que todos los demás detalles coinciden con las otras cinco muchachas encontradas en las mismas circunstancias.

—Sí, señor.

Jarvis le dirigió una amable mirada.

—Bueno, no estés tan sombrío, Cliff. No es culpa tuya, ¿verdad?

—Con ésta son seis muchachas jóvenes, rubias y bonitas que encontramos estranguladas en los alrededores de Las Vegas… El hecho de que no sea culpa mía, no me consuela en absoluto.

—No siempre se gana.

Cliff le dirigió una mirada hosca.

—¿Cree que es eso lo que me tiene tan disgustado, señor? ¿Cree que sólo pienso en mi… prestigio personal?

—No he dicho eso. Tranquilízate.

—Aunque yo no hubiese sido encargado de esto desde que encontramos a la primera muchacha, me sentiría igual de mal. Somos la Policía, ¿no es así?

—Lo has dicho bien: la Policía…, no un departamento de Adivinación. Y me parece que no nos hemos dedicado a dormir en todo este caso, Cliff. Se han hecho todas las investigaciones posibles, se ha trabajado de verdad, hemos pedido ayuda al FBI, has viajado, has…

—Seguro. Todos hemos estado haciendo muchas cosas. Mientras tanto, han seguido apareciendo muchachas jóvenes, rubias y bonitas, estranguladas, tiradas como… como basura al borde de la carretera. Siempre lo mismo. Siempre la misma clase de víctima, siempre el mismo estilo, la misma… técnica. Yo insisto en que tiene que ser siempre el mismo sujeto.

—Las investigaciones no parecen demostrarlo así… Pero, naturalmente, estoy de acuerdo contigo. Sólo que, entonces, si siempre lo hace el mismo individuo, nada tiene sentido. Cada vez que se ha encontrado a una de esas muchachas… Sí, pase.

Tras su autorización a la llamada, la puerta de su despacho se abrió, y los detectives Carson y Spack entraron. Cliff conocía muy bien a los dos, así que preguntó inmediatamente:

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí, teniente.

—¿Cómo se llaman los de esta vez?

—Ella, Coleen Lambert. Él, Herbert Dickson. Se habían casado ayer mismo aquí, en Las Vegas. Llegaron anteayer. Estaban alojados en el Apache Motel, cabaña nueve. Salieron anoche para dar un

paseo en auto. Eso es todo.

—Naturalmente del marido ni rastro.

—Ni rastro, señor. Como siempre.

—Ya. Pero estoy seguro de que cuando investiguemos al tal Herbert Dickson resultará que, efectivamente, es el nombre verdadero de un hombre que en determinado lugar conoció a Coleen Lambert, se enamoraron, y vinieron a casarse a Las Vegas, como tantísima gente. Con lo cual, tendremos ya que son seis maridos los que desaparecen, y cada uno de ellos, al parecer, no ha usado nombre falso, sino auténtico.

—Con lo cual, como te decía antes —intervino Jarvis—, esto no tiene sentido. No puede ser el mismo hombre, Cliff.

—Tiene que serlo.

—Escucha, cada vez que ha ocurrido esto, hemos conseguido, por medio de la fotografía de la chica, encontrar en Las Vegas al juez que los había casado. Por medio de ese juez de turno, hemos obtenido los datos de la pareja: nombre, lugar de residencia habitual, etcétera. Cada vez, hemos investigado los nombres de los dos, y cada vez, ambos nombres y personalidades han sido verídicos. Esto es, que han sido asesinadas seis muchachas jóvenes rubias y bonitas, casadas con seis hombres diferentes. Si en lugar de ser seis hombres diferentes fuese uno solo, que estuviese utilizando nombres falsos para casarse con esas muchachas por algún motivo y luego matarlas, ya lo habríamos sabido, porque alguno o todos los nombres que nos han facilitado los diferentes jueces de paz habrían sido falsos. Pero no: los nombres de ellas y de ellos son auténticos. Cada vez que te has desplazado para hacer investigaciones sobre cada pareja, has sabido lo mismo: a los dos los conocían en su lugar de residencia, el nombre de ella era el verdadero, el de él también… Te han hablado de ellos, del trabajo de él, has llegado hasta la empresa en la que trabaja el marido desaparecido… Todas esas cosas, no las habrías conseguido si fuese un hombre solo, siempre el mismo, que hubiese utilizado ya seis nombres falsos diferentes para casarse. No… Nada del mismo hombre… Son seis maridos que han desaparecido, y seis jóvenes que han sido asesinadas… Pero no por la misma persona. No tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido, señor, es que seis maridos diferentes, que ni siquiera se conocían entre sí, asesinen del mismo modo a sus

jóvenes y bonitas esposas con las que se habían casado un día antes, del mismo modo siempre, y luego desaparezcan. Yo insisto en esto: no estamos buscando a seis maridos asesinos, sino a un solo hombre, que sigue siempre el mismo sistema.

—Sigues negándote a admitir que haya seis maridos que han asesinado a sus esposas y se han fugado.

—Me parece totalmente inadmisible.

—Reconoce que también parece inadmisible que pueda ser obra de un solo hombre que ocupe el lugar de seis. Existen realmente seis maridos.

—Pero han desaparecido los seis.

—Estoy seguro de que cuando investigues al último, este Herbert Dickson, te encontrarás con que también existe, con que es su nombre verdadero, con que todos le conocían en su pueblo o barrio, y con que, finalmente, no tiene ni ha tenido nunca nada que ver con los otros cinco. Son seis hombres. Pero —alzó una mano el capitán Jarvis con gesto fatigado—, ya te he dicho también que por fuerza tengo que estar de acuerdo con tu idea de que la técnica indica que siempre lo hace él mismo. O sea, que sigue sin tener sentido. ¡Si pudiésemos encontrar a uno sólo de esos seis maridos…!

—Hay que encontrar a un solo hombre. No a seis.

—Está bien —suspiró Jarvis—. Sigue pensando como quieras, pero ponte a trabajar. Supongo que esta vez también irás adonde vivían esta última parejita antes de venir a casarse a Las Vegas.

—Casi siento tentaciones de no molestarme. Tengo la seguridad de que obtendremos los mismos resultados que las cinco veces anteriores. Es decir, que ya no serán cinco maridos a buscar, sino seis. Estupendo.

El capitán Jarvis y los detectives Carson y Spack sonrieron. Verdaderamente le esperaba una buena galopada a Cliff, como él solía decir.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó todavía risueño Jarvis.

—Ahora mismo. Dame esos datos, Spack…

—Será mejor que vayas a tu apartamento, te duches y te afeites, y te pongas traje y corbata —deslizó con afecto Jarvis—. A la gente no le caen bien los policías vestidos de cualquier manera, tengo entendido.

Cliff Nash soltó un gruñido, arrancó el papel de los dedos de

Spack, y salió del despacho del capitán Jarvis.

* * *

Cincuenta y cuatro horas más tarde, o sea, dos días después, a las seis de la tarde, el teniente Cliff Nash se dejaba caer en un sillón, delante de la mesa del capitán Jarvis, que lo contempló con afecto, como siempre.

—Desmoralizado —replicó Cliff—. No me pregunte, señor: lo mismo de siempre. Aunque usted ya debe saberlo, pues los padres de la muchacha me dijeron que venían inmediatamente a las Vegas para hacerse cargo del cadáver.

—Estuvieron aquí —asintió Jarvis, sombrío—. ¿Cómo fueron tus investigaciones?

—Ya se lo he dicho: lo de siempre. Todos conocían a la chica. Y también al marido, o sea, al novio. Herbert Dickson trabajaba como director técnico en una fábrica de aparatos de radio, televisión, y cosas así. Se habían conocido hacía un par de semanas… Y de pronto, desaparecieron. Los padres de la chica encontraron una nota de ella diciéndoles que había venido a Las Vegas para casarse. Si quiere, puedo contarle la vida de ella y de él.

—Será mejor que hagas un informe a máquina. Completo.

—Oh, no… ¡Otra vez!

—Tienes una secretaria que no está nada mal. Que trabaje un poco esa linda criatura… Y a propósito de linda criatura: tengo un par de recados para ti.

—¿De quién?

—El primero, de tu novia… Y me parece que el segundo también. Al menos, el telegrama viene de San Francisco. Bueno, primero, ella llamó, y pidió hablar conmigo… Había estado llamándote a tu apartamento, y como no contestabas, me llamo a mí… Me preguntó si te habían matado —sonrió—, y por su tono de voz, creo que lamentó mi respuesta negativa. Estaba muy furiosa. Y creo que lo pagó un poco conmigo. Oye, tiene un buen genio, ¿eh?

—Regular —sonrió Cliff—. ¿Qué quería mi bien amada Loraine?

—Saber cuándo vas a ocupar tu puesto en San Francisco. Te está esperando.

—Ya le dije que no iba a aceptar ese traslado hasta que hubiera terminado este caso —frunció el ceño Cliff—. Yo no dejo nunca nada por terminar.

—No sé si a ella le haría gracia casarse con un anciano.

—¿Cree que me haré viejo detrás de este caso?

—Bueno… Lo que creo es que el Departamento de Las Vegas seguirá adelante sin tu valiosa colaboración. Calma, calma —se apresuró a alzar las manos Jarvis en gesto de paz—. Por mi parte, estoy muy satisfecho de tenerte conmigo, ya sabes que fui el primero en lamentar ese traslado. Así que, por mí, puedes seguir aquí el tiempo que quieras. Pero, por favor, aclárale a Loraine que es decisión tuya, no mía. ¿Okay?

—Okay. ¿Cuál es el otro recado?

—Ya te lo he dicho: un telegrama. Aquí está…

Lo sacó de debajo de unos papeles, y lo empujó hacia Cliff, que apenas leerlo exclamó, alarmado:

—¡Lo que faltaba!

—¿Te degradan a detective? —sonrió Jarvis.

—¡Mucho peor…! ¡Esto es una: hecatombe!

Alargó el telegrama a Jarvis, decía:

«TE AMO. STOP. NO QUIERO ESPERAR MAS. STOP. SI NO VIENES EN UNA SEMANA VOY YO Y NOS CASAMOS EN LAS VEGAS. STOP. TE AMO. LORAINE».

—Hombre —rió Jarvis—. ¡Yo no lo veo tan malo!

—Demonios, un hombre no puede estar en luna de miel y al mismo tiempo investigando seis asesinatos, me parece a mí.

—No —admitió Jarvis—. Harás mal una de las dos cosas. Aunque no sé si sería prudente que Loraine y tú os casaseis aquí.

—¿Por qué? —se sorprendió Cliff.

—Pues… Ella es rubia, ¿no?

—Claro. Tiene unos cabellos preciosos que parecen rayos de sol que… ¡Por el cielo! —Respingó de pronto—. ¡No ha sido una broma muy divertida, la verdad!

—Supongo que sabrías protegerla —sonrió secamente Jarvis—. Es imposible controlar a todas las chicas rubias que hay o llegan a Las Vegas, pero concretamente podrías hacerlo con Loraine.

—Sinceramente, sigue sin gustarme la broma.

Quedaron silenciosos los dos unos segundos. Cliff Nash pensó en la posibilidad de que aquello les ocurriese a él y a Loraine: casarse en Las Vegas, y, un día más tarde, quizá dos, que a ella la

encontrasen tirada en un lado de cualquier carretera, desnuda y estrangulada… ¿Y él? ¿Dónde estaría él, qué le habría ocurrido a él mientras tanto, como marido de la víctima? ¿Dónde estaría él? ¿Dónde estaban los seis maridos de las seis muchachas asesinadas? Parecía imposible que fuesen un solo hombre. Pero también parecía imposible que seis hombres hubiesen cometido de modo idéntico los respectivos asesinatos de sus jóvenes esposas, con las que se habían casado un día o dos antes… Tenían que ser hombres, de eso no cabía duda. Pero él tampoco tenía la menor duda de que los seis asesinatos eran del mismo corte, del mismo estilo. Idénticos unos a otros…

—Bueno —dijo de pronto Jarvis—, hay un remedio para todo esto, Cliff.

—¿Cuál? —Lo miró vivamente Nash.

—Termina el caso antes de que llegue Loraine… Tienes toda una semana por delante.

—¿Está bromeando?

—Es una sugerencia.

—¡Pero hace casi dos meses que empezó a suceder todo esto, y no hemos conseguido la menor pista…! ¿Cómo puedo terminar en una semana con un caso del que no sabemos prácticamente nada?

—Podemos vigilar a todas las chicas rubias que lleguen a Las Vegas.

—Imposible… Ya pensamos en ello. Llegan a miles, se van a miles… En coche, en autobús, en avión, en autostop… Eso es imposible, señor.

—Lo sé —suspiró Jarvis—. Pero, Cliff, me aterra pensar que, en alguna parte, quizá en estos momentos una muchacha rubia, joven y bonita, está firmando su sentencia de muerte.

Sí. Las lúgubres palabras de su jefe no podrían ser más escalofriantemente exactas. Los dos lo sabían. En alguna parte del país, en aquellos momentos habría una chica dispuesta a ir a Las Vegas a casarse. O quizá se hubiesen casado ya en otro sitio, y fuesen allí a pasar unos días, simplemente. Pero en alguna parte, esa muchacha rubia existía… por el momento.

Pero…, ¿dónde? ¿Quién era, qué hacía en aquellos momentos, dónde estaba?

CAPÍTULO PRIMERO

GLADYS ALCOMB se estremeció de alegría cuando oyó el ruego de que los señores pasajeros debían abrocharse los cinturones, pues eso significaba que iban a aterrizar muy pronto en el aeropuerto de Las Vegas.

Y antes de abrochárselo, quiso echar un vistazo por la ventanilla, junto a la cual estaba sentado un caballero muy amable, que sonrió con benevolencia cuando la muchacha se inclinó una vez más hacia él. Lo había hecho muchas veces; tantas, que ya se había acostumbrado, a pesar de la brevedad del vuelo.

—Perdón —musitó Gladys.

—No faltaba más —sonrió ampliamente el hombre—. Ahora sí; estamos llegando.

—Sí… Sí, gracias.

—Será mejor que se abroche el cinturón —recordó casi paternalmente el hombre cuando ella hubo mirado—. Parece una cosa tonta, pero es conveniente.

—Sí… Lo sé.

Gladys procedió a abrocharse el cinturón mientras su compañero de asiento la miraba de reojo, con gran agrado… ¡Era tan joven y tan bonita! Sus rubios cabellos brillaban al sol de la tarde que penetraba por la ventanilla mientras el avión maniobraba para enfilar la pista asignada para el aterrizaje. Seguro que no tenía ni veinte años, pensó el hombre. Seguramente, dieciocho, quizá diecinueve. Pero, desde luego, todavía no había cumplido los veinte.

—¿Es la primera vez que viene a Las Vegas? —preguntó.

—¿Eh…? Oh, sí. Sí, la primera vez.

—Es una ciudad más grande de lo que parece. Aunque no es fácil perderse en ella: sólo hay que llegar a la Strip, y uno se orienta enseguida. De todos modos, supongo que su familia la estará

esperando.

—Desde luego —enrojeció la muchacha.

El caballero hizo todo lo posible por contener una sonrisa diferente, irónica ahora. ¿A quién se la quería pegar aquella jovencita? ¿A él? ¿A él, con más de cincuenta años y una vida más bien interesante y movidita? ¡Claro que no la esperaba precisamente la familia! No, al menos, su familia actual. Pero, claro, no tenía ningún derecho a decirle a la jovencita que a él no se la pegaba, así que, evitando llevar su indiscreción más lejos, se volvió a mirar por la ventanilla.

Por su parte, Gladys todavía notaba el sonrojo en su dulce rostro. Había mentido a aquel caballero tan amable, pero, a fin de cuentas, ¿qué le importaba a él quién la estuviese esperando a ella en Las Vegas? Tenía derecho a mentir a cualquier curioso. Por otra parte, seguramente aquel hombre había comprendido que ella le había mentido, pero nada de eso le importaba lo más mínimo.

Lo que le importaba era que Jim estuviese allí, esperándola, tal como habían convenido. ¡Y claro que estaría! Él había llegado a Las Vegas la noche anterior, según lo acordado, naturalmente. Jim tenía a veces cosas un poco raras, pero desde luego, la amaba… ¡La amaba tanto como ella pudiera amarlo a él! Oh, sí… ¡Sí la amaba!

Y ella lo amaba tanto a él, a su vez, que lo había aceptado todo. La idea de reunirse en Las Vegas para casarse había sido de Jim, naturalmente. Y la culpa la tenían los padres de ella. ¿Por qué tenían que «sugerirle» que lo pensase bien? Les había dicho que quería casarse, y parecían habérselo tomado un poco a broma. ¿Quizá porque sólo tenía diecinueve años? Bueno… La verdad era que no los había cumplido todavía, pero le faltaban sólo cuatro meses, así que podía decir ya que tenía diecinueve años…

Había un sinfín de muchachas que se habían casado a esa edad. Por eso, Gladys pensó que la cautelosa oposición de sus padres podía deberse a la edad de Jim, no a la de ella. Jim tenía ya treinta y dos años. Lo había conocido hacía exactamente una semana y unas horas, pero sabía ya que nunca, nunca, nunca podría amar a otro hombre. ¿Qué importaba aquella diferencia de edad?

«Es absurdo —pensó—. Trece años de diferencia entre un hombre y una mujer es precisamente lo ideal. Los chicos de mi edad son todas unos bobos».

Sonrió al pensar esto. Ciertamente, si comparaba a los muchachos que conocía con James Robbs, los pobrecitos salían muy mal parados. Jim era ya un hombre completo. Había aparecido de pronto en su vida, y, desde el mismísimo instante en que lo vio en el supermercado se enamoró de él.

Gladys casi rió al recordar el encuentro, jubilosa. Los dos habían ido de compras. Ella, por encargo de su madre, naturalmente. Él solía hacer compras abundantes una vez a la semana, para tener bien provisto su apartamento de soltero… Se habían quedado mirándose por encima de una de las estanterías centrales del supermercado, durante unos segundos. Jim había sonreído, y ella le había devuelto la sonrisa. Luego, cada uno había ido llenando su carrito volviendo continuamente la cabeza. Jim había sido el primero en pagar en caja, y había salido tan precipitadamente que ella se había sentido decepcionada.

Pero luego comprendió su maniobra: se había apresurado a dejar su compra en su coche, para esperarla a la salida, y allí se ofreció a ayudarla a llevar el gran paquete de comestibles hasta el coche.

Jim era muy amable. Un poco raro a veces, eso sí, pero sumamente amable y considerado. Después de ayudarla había comenzado a hablar, y hablar… Su conversación, ciertamente, era diferente a la de los jovencitos estúpidos con los que hasta entonces había tratado Gladys. Claro: Jim tenía más edad, más experiencia, más… de todo. Y un coche imponente. Y un apartamento estupendo, en el que había estado precisamente dos noches antes. No había pasado nada porque Jim no quiso, ésa era la verdad. Bueno…, nada realmente importante, claro.

Pero, cuando después de haber estado besándose y oyendo música, él le dijo que quería casarse con ella, Gladys sabía ya que no podría negarse nunca a nada que él le pidiera. Y menos, a casarse. Ahí también había diferencia entre Jim y los otros muchachos, que sólo buscaban divertirse, sin más complicaciones. No pocas veces había tenido que pararles los pies a aquellos bobos, que querían llevar la diversión al último extremo.

Con Jim lo habría hecho. En aquel mismo momento, en cualquier momento. Mas, no era eso lo que él quería, evidentemente. Se lo había dicho bien claro:

—Es una tontería hacer mal las cosas cuando se desea hacerlas

bien, Gladys. Ya sé que no tendría mayor importancia, pero no es eso lo único que quiero de ti. Tengo treinta y dos años, he conocido y conozco muchas chicas, y sólo tendría que chascar dos dedos para que viniesen aquí. Pero sé que siempre te amaré, así que, ¿por qué convertir este momento en un recuerdo menos bello de lo que podría ser? ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí… Oh, sí, sí, sí…

Se habían vuelto a besar. Luego, él la había dejado atónita al preguntarle si le parecía bien la semana próxima.

—¿La semana próxima? —había exclamado Gladys.

—Tenemos que cumplimentar la licencia —había sonreído él—. Y además, claro, supongo que querrás presentarme antes a tu familia.

Se había echado a reír, y ella, en aquel momento, se habría tirado de cabeza a un volcán si él se lo hubiera pedido. Pero, cuando aquella misma noche habló con sus padres sobre el asunto, comprendió que ellos, si bien tuvieron la astucia de no negarse inmediatamente, pretendían darle larga, esperando que ella cambiase de opinión. Por supuesto, sabían que ella podía casarse en cualquier momento, pero, en lo que de ellos dependiera, retrasarían la boda.

¿Y por qué retrasarla, si ella y Jim deseaban casarse cuanto antes? ¿Qué había de malo en ello?

Cuando, a la tarde siguiente, le dijo a Jim cuál había sido la reacción de sus padres, él se había mostrado comprensivo.

—Es natural su actitud, Gladys. No me conocen, no saben quién soy ni a qué me dedico… Si nos presentamos casados, tendrán que aceptarlo, pero, mientras tengan oportunidad de conocerme mejor, irán dilatando la espera. De todos modos, esperar unas semanas más, o unos meses…

—¡No!

—Cálmate —había reído él—. Sólo hace cinco días que nos conocemos. No veo inconveniente en darles tiempo a tus padres para que se acostumbren a mí. Cuando me conozcan, y sepan que soy un hombre serio, que me gano estupendamente la vida, que…

—¡No quiero esperar! ¿Por qué hemos de hacerlo?

James Robbs había quedado pensativo. Luego, estuvo mirándola atentamente unos segundos, antes de contestar.

—Realmente, por nada. Yo sé que te amo… para siempre.

—Yo también a ti, Jim. Si mis padres quieren que esperemos, lo haremos. Pero… vamos ahora mismo a tu apartamento. Podemos estar yendo allí hasta que ellos…

—Podemos hacerlo mucho mejor: ¿te gustaría que nos casásemos en Las Vegas mañana mismo, o pasado? Me parece que eso es mucho más considerado por nuestra parte hacia tus padres. Todo será lo mismo, y cuando regresemos dentro de unos días, tendrán que resignarse. Y puedes estar segura de que en menos de una semana los tendré de mi parte.

¡Era tan noble y considerado! Podía haber hecho con ella lo que hubiera querido, pero en todo momento había orientado las cosas de modo que jamás pudiera existir el menor reproche entre ellos. Casi resultaba divertido encontrar un hombre tan escrupuloso, ésa era la verdad.

Divertido… y maravilloso.

Maravilloso.

—Jovencita: hemos llegado.

Gladys miró, sobresaltada, a su amable vecino de asiento, que la contemplaba con sonrisa un tanto guasona. Cierto: por fin habían llegado a Las Vegas.

Cuando, apenas cinco minutos después, Gladys se echaba en brazos de James Hobbs, que había acudido a esperarla, pensaba que, ciertamente, la vida no podía ser más maravillosa.

—Todo preparado —dijo él, después de besarla—. Si no te arrepientes, podemos casamos en cuanto tú quieras.

Se casaron aquella misma noche, a las nueve.

Luego, James Hobbs llevó a Gladys Hobbs, en el coche, a la cabaña que había alquilado en un motel.

CAPÍTULO II

JAMES ROBBS cerró la puerta de la cabaña con llave, y se volvió hacia su joven, bonita y rubia esposa, que lo contemplaba con ojos brillantes, un tanto turbada, y, por supuesto, emocionada.

—Por la mañana —dijo él— diré en la conserjería que cambien la inscripción en el registro: en lugar de *Mr*. Robbs, deberán poner *Mr*. y *Mrs*. James Robbs, claro que… todavía estás a tiempo de arrepentirte.

—¡Qué cosas tienes, Jim!

—Las Vegas tiene eso de bueno: te casan y te divorcian sin la menor dificultad. Claro que, para divorciarnos, tendríamos que esperar seis o siete semanas, residir en Las Vegas durante ese tiempo…

Ella le echó los brazos al cuello.

—No estás hablando en serio —murmuró.

—Lo de permanecer seis o siete semanas aquí, no es mala idea —dijo él, muy serio—. Quizá al final decidamos divorciamos…

—Oh, Jim…

—Pero mientras tanto —sonrió él, de pronto—, creo que podemos… pensar en otras cosas.

—¿De verdad piensas que estemos en Las Vegas todo ese tiempo?

—¿No te gustaría?

—¡Claro que sí! Pero, Jim, eso costará mucho dinero…

—Vamos, vamos, mi amor… No te has fugado con un jovencito que ha conseguido reunir cincuenta dólares, sino con un hombre que ya tiene la vida resuelta. No quiero parecerte presuntuoso pero me pareció que ya te habías dado cuenta de que no me falta dinero.

—¿Eres millonario?

—No tanto —rió él—. ¡Caramba, no tanto! Pero tengo el dinero suficiente para pagar este motel, el coche, y… una conferencia

telefónica.

—¿Una qué?

—Una conferencia telefónica.

—¿Vas a llamar a alguien? ¿Cosas de tu trabajo?

—Ya solucioné eso por hoy. Estaba intentando sugerirte que deberíamos llamar a tu casa, para decirles que estás bien, que no deben preocuparse por tu ausencia.

—Oh… Bueno, lo haremos mañana.

—Sería mejor hacerlo ahora, Gladys.

—Señor Robbs —se estrechó ella mimosamente contra él—. Acaba de decir usted mismo que podemos pensar en cosas… nuestras exclusivamente. ¿O le he interpretado mal?

La besó allí mismo, ante la puerta. Luego la separó suavemente. Gladys Robbs tragó saliva. Le parecía que no podía respirar bien, que todo su cuerpo ardía, que temblaba… Y en aquel mismo momento, pensó que Jim había tenido razón: era mejor así, casados… Ni siquiera sus padres podrían reprocharle nada, salvo aquella pequeña travesura de escaparse a Las Vegas. Sí, era mejor así, estaba ahora segurísima de ello.

Cuando él la besó, Gladys Robbs cerró los ojos, y supo que empezaba su largo y hermoso viaje en aquella maravillosa nueva vida.

* * *

Primero creyó que la había despertado un rayo de sol que caía sobre su cama, precisamente sobre su pecho. Parpadeó, estuvo dos otros segundos mirando al techo, y, de pronto, sonrió, volviéndose hacia la cama de Jim.

Se quedó sorprendida al no verlo allí. Pero, al mismo tiempo oía su voz, fuera del dormitorio, hablando con alguien en tono bajo. Y comprendió que había sido la conversación la que la había despertado.

¿Con quién estaba hablando Jim en la cabaña? Aguzó el oído, pero sólo podía oír la voz de él. De nadie más. Todavía tardó unos cuantos segundos en comprender la verdad. Las palabras de él eran reveladoras, ciertamente.

—… Comprendo su actitud, pero tenga la seguridad de que nada malo ha sucedido, señor.

—…

—Por supuesto.

—…

—Naturalmente —casi rió Jim—. Vamos, señor, sea usted comprensivo. Ella no es ninguna niña. Quizá un poco joven, pero eso no significa que sea una pobre tonta.

—…

—Sí, lo comprendo. Tiene usted razón. Pero ya está hecho: le mostraremos a usted la licencia de matrimonio a nuestro regreso. Entiendo que a usted no le haya satisfecho mucho lo que hemos hecho, pero pronto se convencerá de que amo realmente a su hija.

—…

—¡Naturalmente que sí! Puede usted decir a quién guste que nos hemos casado. Vamos… No pensará usted que le llamo a las siete y media de la mañana desde Las Vegas para contarle mentiras, ¿verdad?

—…

—De acuerdo… Sí, cuidaré de ella —volvió a reír Jim—. Es lo que pienso hacer durante toda mi vida. Eso es… Gracias, señor Alcomb. Presente mis respetos a la señora Alcomb, y asegúrele que pronto se verá obligada a perdonamos. ¿Cómo?

—…

—Quede tranquilo. Les iremos enviando noticias… Sí, dos o tres semanas, quizá cuatro. Ya veremos. Aprovecharemos para conocer bien todo esto. Les tendremos informados en todo momento… sí, sí, sí… Gracias… Gracias, señor Alcomb. Adiós… Adiós.

Clic.

Gladys cerró los ojos y se quedó inmóvil. Oyó entrar a Jim en el pequeño dormitorio, y luego supo que se había sentado en el borde de su cama. Sólo eso. Silencio, quietud… El rayo de sol se había desplazado un poco, y Gladys notaba el ligero calorcillo en su seno derecho.

De pronto, abrió los ojos y volvió la cabeza.

Jim estaba, en efecto, sentado en el borde de su cama, mirándola fijamente. Tan fijamente que Gladys se sintió un poco turbada.

—¿Has llamado a mi casa? —susurró.

—Eres tan bonita —susurró él—. Gladys, eres tan bonita y tan joven…

Fue a sentarse en el borde de la cama de ella y se inclinó para besarla. Llevaba puestos solamente los pantalones del pijama, así que ella notó en su pecho el vello del de él, y una oleada de calor recorrió su cuerpo. Mientras él la besaba, ella le rodeó el cuello con los brazos, y lo atrajo…

* * *

Salió de la ducha, secándose, y preguntando:

—Entonces, ¿ya no estaba enfadado?

Jim, que estaba envuelto de cintura para abajo con una toalla, sacando algunas ropas del armario, se volvió, sonriente.

—Al final, no. Supongo que comprendió que tenía que aceptar los hechos.

—Pobre papá —sonrió dulcemente Gladys—. Claro, él habría querido una boda en casa con música y flores… Cosas de ésas de sus tiempos.

—¿Tú no?

—No sé. Supongo que debe ser bonito. Muy anticuado, pero bonito, desde luego. ¿No hablaste con mamá?

—No. Me parece que tu padre quiso evitar que ella me dijese algunas cosas desagradables. Afortunadamente, tu padre es un hombre maduro y se mostró razonable, finalmente. Quería hablar contigo… Al menos, yo estaba convencido de que era así, de modo que no le mentí.

—Jim: ¿por qué eres tan… escrupuloso?

—¿Escrupuloso?

—Escrupuloso y considerado. Es como… si temieras hacer daño a alguien en cualquier momento.

—Bueno… Aun sin proponérnoslo, todos podemos hacer daño a alguien, Gladys.

—Pero no tú. Eres extraño. Sorprendente. Haces las cosas con seriedad, te preocupas de lo que pensarán o sentirán los demás, les das explicaciones…

—Supongo que sólo soy un hombre educado y civilizado, ¿no te parece?

—¡Desde luego que sí! Y estoy segura de que mis padres estarán encantados contigo en cuanto te conozcan como yo. La verdad es que están acostumbrados a mis amigos más… más…

—¿Más jóvenes? —rió Robbs.

—Pues... sí —rió también ella—. Sí. Ellos llegan a casa, se sientan en cualquier sitio, ponen los pies en todas partes, se apresuran a decirle que las cosas ya no son así... Algunos, claro, son un poco tímidos, se impresionan un poco ante él, pero otros lo tratan como si fuese poco menos que un coche viejo que hay que llevar al cementerio de chatarra.

—Eso está muy mal —dijo maliciosamente Jim—. Un coche viejo siempre puede todavía servir para algo.

—Pero quizá un hombre no.

—¿Eso piensas? Bueno, puesto que me has llamado viejo antes, y ahora dices que...

—¡Jim! ¿Qué vas a hacer? ¡Jim, no...!

James Robbs se acercaba a su joven, rubia y bonita esposa con el ceño fruncido hoscamente, y las manos extendidas hacia ella, crispadas... Riendo, Gladys comenzó a retroceder, hasta que su espalda tocó la pared. James llegó hasta ella, y sus manos se cerraron en torno al lindo, delicado cuello femenino.

—Ahora verás si soy viejo —masculló.

Sus manos se deslizaron por el cuello, asieron la toalla que Gladys se había prendido bajo los sobacos, y la arrancaron de un tirón, tirándola lejos...

—Jim —susurró ella—, ¡que acabo de ducharme!

—¡Estupendo!

—Jim, eres... eres terrible... Te...

Pero él la abrazó y la besó, de modo que Gladys no pudo terminar de decirle «te quiero». Lo que hizo fue olvidarse de todo, abrazarse al cuello de su marido, y pensar, una vez más, que la vida era maravillosa.

* * *

Después de desayunar, desde luego ya muy tarde, se fueron a pasear por la Strip, la calle principal de Las Vegas, donde hay de todo..., empezando, naturalmente, por los casinos y clubs nocturnos, generalmente todo en una pieza.

Hacía un día espléndido, como queriendo contribuir a la maravillosa luna de miel de los esposos Robbs. James Robbs podría no ser millonario, pero, desde luego, no era un jovenzuelo que se hubiese fugado con cincuenta dólares. Hasta la una, hora en que decidieron almorzar, estuvieron recorriendo tiendas, donde Gladys

se fue comprando un equipo completo, entre exclamaciones de alegría y felicidad absolutas. Compraron maletas, ropa para los dos, una cámara fotográfica, una radio-cassette a instancias de ella, «para tener música cuando quisieran», y, hasta tuvieron tiempo de jugarse una docena de dólares en las máquinas tragaperras del Flamingo… Donde, ciertamente, no tuvieron suerte. Circunstancia que Gladys aceptó riendo.

—Prefiero tener suerte en el amor —aseguró, maliciosamente.

Y en esto, parecía tenerla en abundancia.

Después de la siesta con love-party, naturalmente, Jim telefoneó a su compañía, dando la sorpresa a sus amigos y compañeros, así como una serie de instrucciones, mientras Gladys, cubierta solamente con una de las tres *baby-dolls* que él le había comprado por la mañana, bailoteaba a su alrededor al compás de la música del cassette, sentándose en sus rodillas, dándole besitos, escapando riendo cuando él la amenazaba…

La luna de miel era perfecta.

Hacia las seis de la tarde, decidieron salir a dar un paseo por el desierto, actividad poco menos que obligada: al parecer, daba buena suerte contemplar las estrellas en el desierto, lejos de Las Vegas. El aire es más duro, el silencio muy agradable, el cielo diáfano…

Así que salieron a dar el paseo.

CAPÍTULO III

HABÍAN detenido el coche en uno de los desvíos que flanquean la carretera para pararse, y ciertamente, podían contemplar las estrellas como nunca antes. Al menos, Gladys estaba entusiasmada. El desierto le parecía maravilloso… Claro está, sentada en el confortable sillón de un buen coche, besándose con su marido, acariciándose y, por tanto feliz como nunca en su vida.

Cerca de ellos, por la autopista, pasaban con frecuencia coches que iban hacia Les Vegas, o venían de allá. Apenas oían sus motores, pero sí veían sus luces, que les parecían parejas de formidables meteoritos…

Hasta que las luces de uno de los coches que se dirigía hacia Las Vegas, se desviaron hacia el estacionamiento de su lado, lo rodeó completamente, cruzó la carretera, y enfiló el tramo donde estaban ellos, de modo que la luz les llegó por detrás, y James Robbs se separó de su esposa, refunfuñando.

—¿Por qué le das importancia? —rió ella—. Todo el mundo se besa…, y nosotros tenemos todo el derecho a hacerlo.

—No me gusta que me iluminen, eso es todo.

—Jim, de verdad: eres raro.

James Robbs se limitó a encoger los hombros, y esperó a que el coche recién llegado pasase junto al de ellos. A saber qué clase de extraña maniobra estaba realizando el sujeto que lo conducía: primero iba hacia Las Vegas, luego da la vuelta… A lo mejor había olvidado algo en alguna parte, y regresaba a buscarlo.

Pero, con un extraño sonido, el coche recién llegado se detuvo delante de ellos, a poca distancia. El motor se paró. Luego oyeron varias veces el sonido del motor de arranque, pero eso fue todo.

—Apuesto a que se le ha agotado la batería —refunfuñó de nuevo James—. Es un coche muy antiguo, y ese tipo debe ser un manazas.

—Olvídalo, querido.

—Lo que podemos preguntarnos es si él nos olvidará a nosotros: ya verás cómo necesita ayuda.

—Entonces, vámonos.

—Mujer…

—¿Lo ves? —rió ella—. ¿Por qué protestas tanto, si sabes que vas a ayudarlo? Serías incapaz de dejar a ese pobre hombre sin ofrecerle tu ayuda. Así eres tú… Y mis padres no tardarán en comprenderlo. Jim, soy tan feliz…

Fue ella la que lo besó, y James Robbs se dijo que, por él, aquel tipo del coche viejo podía irse al mismísimo demonio. Correspondió cumplidamente al beso de su joven, rubia y bonita esposa, pero, a los pocos segundos, la apartó. Él podía ser arcaico y raro, de acuerdo: pero no le gustaba que pudiesen contemplarlo en ciertos momentos.

Miró hacia el otro coche. El conductor había salido, había alzado el capó, y, simplemente a la luz de las estrellas, estaba buscando la avería. De cuando en cuando, como furtivamente, miraba hacia todos lados, especialmente hacia la carretera. Por fin, dejando el capó abierto, se volvió hacia ellos y James Robbs suspiró, resignado.

—Querrá una linterna, o agua para la batería, o que le empujemos…

—Pues ayúdale y volvamos a Las Vegas. Tengo un apetito feroz.

—Yo siempre he oído decir que el amor quita el apetito.

—¡Jim, eres encantadoramente romántico! —Rió Gladys—. En cuanto a mí, estoy pensando en una cena que…

—Ahí viene ya.

Lo estuvieron mirando mientras el hombre se acercaba. No era muy alto, ni parecía demasiado joven, pero sí fuerte, muy ancho de hombros. Por lo que podían ver, su aspecto encajaba perfectamente con el viejo coche: cansado, vestido pobremente…

El hombre estaba a menos de tres metros cuando James decidió salir del coche, para ofrecerse lo más amablemente que pudiera. Pero, para su sorpresa, cuando él salió, el hombre desvió rápidamente la dirección de su marcha, y fue hacia la ventanilla de Gladys, por la cual metió la cabeza. Reaccionando, irritado, James Robbs decidió que lo más práctico era volver a sentarse ante el

volante, y atender al hombre desde dentro del coche. Y estaba sentándose cuando oyó la ahogada exclamación de Gladys, como de susto… Susto que comprendió enseguida cuando, encarándose hacia el hombre, comenzó a decir:

—Díganos lo que…

Se calló de pronto. Gladys se había agarrado a su brazo, nerviosísimamente, muy alterada, Y él se quedó mirando aquellas estrellas que brillaban con diminutos reflejos sobre algo que el hombre tenía en la mano…

—Es una pistola —dijo el hombre, con voz profunda, hosca—. Una pistola con balas, se lo advierto. Por lo tanto, si no quiere quedarse viudo ya, tome las cosas con calma.

James Robbs se pasó la lengua por los labios.

—¿Es un atraco? —musitó—. Podemos…

—Yo diré lo que podemos hacer. Usted va a salir del coche, muñeca —se dirigió a Gladys—, y va a venir conmigo al mío. Supongo que sabe conducir.

Gladys no podía hablar. Así que se limitó a asentir con la cabeza, mientras James iniciaba un movimiento de rebeldía, que el otro cortó apoyando la punta de la pistola en el cuello de Gladys.

—Piénselo bien —dijo secamente—. Sólo tengo que apretar el gatillo…

—¿Qué pretende usted? —Jadeó James—. Ya le digo que si es dinero, podemos darle lo que llevamos encima. No tiene que complicar las cosas.

—Me parece que usted es sensato, amigo —elogió el desconocido—. Por lo tanto, comprenderá lo que les conviene a los dos. Así que, ella va a venir conmigo a mi coche y usted nos seguirá, a unos cien metros.

—Pero…

—No me gusta el parloteo. Ni es sitio para conversar. De manera que terminemos. Vamos, nena, salga del coche y venga conmigo. Y usted, si se detiene o intenta hacer señales a otro coche, o intenta algo que no me guste, puede empezar a recoger el cadáver de su mujer en la carretera. ¿Me he explicado?

—Sí… Sí. Ve con él, Gladys.

—No… No, no, Jim, no quiero…

—Si no lo haces, te va a matar aquí mismo. Nos matará a los

dos. Sepamos lo que quiere, y ya verás como llegaremos a un acuerdo: puedo pagarle bien. No te preocupes.

—Obedezca a su inteligente marido, joven —dijo el otro—. Él sabe muy bien lo que está haciendo… ¿O acaso les gustaría que los matase a los dos ahora mismo?

Gladys todavía vaciló. Estaba asustadísima, y veía el rostro de James, pálido, crispado. Sí… Él estaba comprendiendo que aquel hombre no vacilaría en matarlos. Ella tenía que comprenderlo también. Y… ¿morir ahora? ¿Por un puñado de dólares?

Salió del coche, siempre bajo la vigilancia del desconocido, que la tomó de un brazo y caminó hacia su coche un poco más adelantado que ella, como queriendo interponerla en lo posible entre él y James. A lo mejor, pensaba que James tenía alguna pistola.

Llegaron al coche y el hombre abrió la portezuela del lado opuesto al conductor.

—Entre, deslícese por el asiento hasta el volante, y ponga el coche en marcha.

—Pe… pero si… si no funciona…

El hombre emitió una risita gutural, y la empujó. Gladys se deslizó por el asiento, hacia el volante, mientras el hombre entraba tras ella, siempre apuntándola. Señaló con la pistola las llaves cuando ambos estuvieron acomodados, y Gladys las hizo girar. Enseguida, el motor respondió poniéndose en marcha, y el hombre volvió a reír, quedamente.

Adelante —dijo— en dirección opuesta a Las Vegas. Conduzca con cuidado, pero no demasiado despacio. No haga señales con las luces, no se le ocurra tocar el claxon… Sólo tiene que conducir.

—¿Adónde… adónde vamos?

—Mientras no le digan nada, usted siga recto.

Gladys arrancó, mirando por el retrovisor. Detrás, vio las luces del coche de James. Por un instante, pensó que él había sido un cobarde, pero enseguida se horrorizó de sí misma. ¿Acaso quería que aquel hombre matase a Jim? Estaba segura de que lo habría hecho, de que los habría matado a los dos, así que Jim, como siempre se había mostrado juicioso y prudente. Quizá, si hubiese estado él solo, habría replicado de muy distinta manera a aquel hombre, pero estaba ella, no podía arriesgarse a que le hicieran el

menor daño…

Miró de reojo hacia el hombre que llevaba al lado, y vio su perfil con una nitidez sorprenderte. Tenía las facciones muy correctas, la nariz recta, la barbilla fuerte y hermosa… Era, o lo parecía en aquel momento, un rostro agradable. Debía tener cuarenta años, calculó.

Pero… ¿qué quería de ellos? Si se trataba de dinero, ¿por qué todo aquello? Jim llevaba encima bastante, podía quedárselo, dejarlos marchar…

No pasaba ningún coche en aquel momento, así que salió a la carretera. Llevaba recorrida quizá una milla cuando volvió la mirada hacia el hombre, al darse cuenta de que él la contemplaba fijamente. Estaba segura de ello.

Se estremeció.

—¿Qué quiere usted de nosotros? —pudo balbucear.

—Venganza.

Gladys respingó. Luego pensó que no había oído bien. Eso tenía que ser, no había oído bien.

—¿Venganza… de nosotros? ¿Por qué? No le conocemos, nunca le hemos hecho nada…

—Ya menos teatro —dijo duramente el hombre—. No sigas simulando que no me conoces.

—Pe-pe-pero es… es verdad que… que no le conozco a usted. Nunca…

—Eres una maldita puerca, Rosalind.

Primero Gladys respingó, asustada por la violencia contenida en aquella voz, en aquella frase. Y de pronto se sintió alegre, felicísima, casi con incontenibles deseos de reír.

—¡Se equivoca usted, señor! —exclamó jubilosa—. ¡Puedo demostrarle que no soy la Rosalind que usted busca! Oh, por Dios, menos mal que esto es una equivocación que…

—Si sigues diciendo tonterías, te voy a matar ahora mismo, Rosalind. Calla y sigue.

—¡Pero no soy Rosalind, se lo juro!

La voz quedó estrangulada en su garganta cuando el hombre se la rodeó con una sola mano, la izquierda, mientras con la derecha colocaba la pistola en su sien. Era una mano tan grande y tan fuerte, tan poderosa, tan terrible…

—Maldita puerca miserable… ¿También de este modo pretendes

burlarte de mí? ¡Una sola palabra más y te rompo el cuello como si fuese un palillo! Me conoces bien, sabes que soy capaz de hacerlo, así que… ¡cállate!

La empujó furiosamente y con tal fuerza que la cabeza de Gladys chocó contra un lado de la puerta, y rebotó. La muchacha vio por un instante miles de puntitos de colores ante sus ojos, y el coche describió un par de largas eses hasta que, todavía un poco aturdida, consiguió dominarlo. Las lucecitas de colores le habían parecido como los fogonazos de miles de diminutos *flashes*.

Y estaba ahora tan aterrada, que ni siquiera pudo reaccionar cuando él la acarició torpemente, murmurando:

—Sea como sea, has vuelto… Quizá te perdone, y todavía podamos ser felices…

Lentamente, a cada instante más y más horrorizada, Gladys iba comprendiendo: estaba con un loco. Con un loco que la había confundido a ella con otra mujer; una mujer llamada Rosalind que, al parecer, le había hecho algo malo, de modo que él estaba buscando ahora su venganza.

También lentamente, mientras conducía, la inteligencia de Gladys se fue sobreponiendo al espanto. No tenía importancia que él la estuviese tocando, no… Lo único que tenía importancia era salir bien de aquella situación. Por lo tanto, tenía que dominarse. Sí, utilizar la inteligencia. Si seguía insistiendo en que ella no era la tal Rosalind, sólo iba a conseguir enfurecerlo. En cambio, si admitía serlo, y le pedía perdón, quizá lo calmase, llegase a su sensibilidad. Siempre había oído decir que a los locos hay que seguirles la corriente. Por algo lo dirían. Además, aquel hombre, no cabía la menor duda, amaba… o había amado muy profundamente a Rosalind.

¿Se puede hacer daño al ser amado que nos pide perdón?

Tragó saliva y dijo:

—Yo… yo todavía… todavía te amo…

El hombre respiró, y ella supo que estaba mirándola con una fijeza aterradora.

—¿Todavía me amas? —susurró por fin él.

—Sí… Sí.

—Entonces, ¿por qué no has vuelto sola? ¿Por qué has vuelto con él? Yo estaba paseando por el aeropuerto, y te vi llegar. Pensé

que sí, que volvías a mi lado, pero enseguida, cuando yo quería acercarme a ti, apareció él, y os abrazasteis. ¡Os abrazasteis, lo vi perfectamente! ¿Vas a decirme que es mentira?

—No… No, pero es que…

—Y fuisteis a que os casaran. ¿Por qué?

—No… No, no, no fuimos a casamos, no…

—¿No? ¿A qué fuisteis entonces a la casa del juez Newcombe?

—Son… son cosas de él, de Jim… Sólo fuimos a saludar al juez… Son amigos de hace tiempo.

—Eso es mentira.

—No… Es verdad. ¡Te juro que es verdad!

—¡Es mentira! Porque luego fuisteis al motel, entrasteis en la cabaña, y no habéis salido hasta esta mañana. ¿Por qué? ¿Para torturarme? Por qué habéis vuelto a Las Vegas… ¿Por qué? ¿Para torturarme?

—No, no… Yo le pedí a él que me trajese aquí, y como no tenía a dónde ir, pues no… no sabía cómo encontrarte, él me dijo que podía dormir en su cabaña…

—¡Dormir…! ¡Estás burlándote otra vez de mí, perra maldita, y te voy a…!

—¡Estoy diciendo la verdad!

—¡Estás mintiendo! ¿Y ahora? ¿Y ahora, cuando he llegado yo con el coche? ¿Acaso no os estabais besando en el vuestro? Pasé de largo cuando os salisteis de la carretera, seguí un poco, y regresé… Sabía que estabais allí, así que me acerqué… ¡Y con las luces de mi coche os vi, besándoos! ¡Sabía que estabais allí, y os vi cuando os estabais besando! ¿Vas a negar eso?

—No, pero… pero… yo… no quería… Le había dicho a Jim que habíamos terminado, pero él insistía… Ya ves que ni siquiera llegué con él a Las Vegas. Ya nos habíamos separado. Pero no tenía dinero, ni sabía cómo encontrarte a ti, así que… le llamé a él y le dije que iba a llegar, que necesitaba su ayuda para… encontrarte.

—Eres una chica lista —se echó a reír él, de pronto, agudamente —. ¡Una chica lista, pero no vas a poder engañarme a mí! Estoy seguro de que ni siquiera recuerdas mi nombre… ¡Ni siquiera te acordabas de mí ni de mi nombre cuando habéis vuelto a Las Vegas! Dímelo: ¿cuál es mi nombre? ¡Dime mi nombre!

Gladys estaba notando el sudor en la frente y en el cuello;

también las manos resbalaban húmedas sobre el volante. De la oscuridad de la carretera brotaban continuamente pares, de luces en dirección a Las Vegas, y, de pronto, de cuando en cuando, algún coche los pasaba, alejándose de la ciudad. Podía parar, o hacer señales, intentar algo… Pero estaba segura de que el loco dispararía contra ella, la mataría, sin importarle las consecuencias que esto pudiera ocasionarle. ¿Qué habría ganado, entonces?

—¡Mi nombre! —exigió él—. ¡Dímelo!

—Me… me estás aturdiendo, y no consigo… no consigo concentrarme y…

—Mi… —empezó él.

—Mi… Mike… Mike…

—Eso es. ¿Qué más?

—Pues…

—Ba…

—Sí, sí: Ba… Ba…

—Barro…

—Barro… ¡Barrows! ¡Mike Barrows!

—Ah… Veo que sí lo recuerdas. Bueno, algo es algo… Pero de eso a que hayas vuelto para quedarte conmigo…

—Sí… ¡Sí, te lo juro, Mike, sí!

—No consigo comprenderte. ¿Cómo pudiste dejar de amarme y ahora de pronto, volver a amarme? ¿Cómo pudiste hacerlo, Rosalind?

—Mike, no es cierto que… que dejase de amarte. Fue… una tontería, una locura mía. Pero nunca he dejado de amarte a ti, nunca…

—¿Y has vuelto para quedarte? ¿De verdad, Rosalind?

—Sí… Sí.

—¿Te quedarás para siempre conmigo?

—Si tú lo deseas, y me… me perdonas, sí.

—No sé… ¿Por qué habría de perdonarte?

—Por amor… ¡Por amor, Mike!

—¿Amor? ¿Qué es eso?

—Es… es lo que siento por ti… ¡Lo que siempre he sentido por ti, Mike!

—Lo que siempre has sentido por mí… Pero explícamelo. Explícamelo, por favor —pidió él, con voz apagada—: Por favor,

Rosalind, dime que me amas, dime cómo me amas, explícame qué es lo que tú llamas amor… Quiero creerte, quiero que me convenzas… Quisiera creerte y poder volver a amarte. Pero no sé… ¿Amor? Yo creo que la venganza es aún más dulce que el amor…

—No, no, Mike, no… ¡no! ¡El amor es mucho más dulce que la venganza!

—Pero… ¿Qué clase de amor? ¿Qué es el amor? —Casi gimió el hombre—. ¿Cómo es el amor que tú sientes por mí?

—Es… un amor muy grande… —jadeó Gladys, empezando a tener la esperanza de ablandar al loco—. ¡Un amor muy grande, Mike!

—Pero ¿cómo es un amor muy grande? ¿Cómo lo sientes tú? ¿Qué es lo que sientes por mí?

«¡Dios mío —pensó Gladys—, no me abandones ahora! Dame fuerzas para convencerlo, para tranquilizarlo… ¡Dame fuerzas para conseguir que este pobre loco no nos haga ningún daño! ¿Cómo se lo explico, qué le digo?».

Gladys notaba cómo las manos le resbalaban cada vez más sobre el volante. Estaba convencida de que si seguía así, no podría continuar conduciendo. No sólo le resbalaba el volante, sino que notaba cómo sus nervios se iban tensando tanto que la nuca comenzaba a dolerle, extendiendo aquel dolor a toda la cabeza, que notaba empapada en sudor.

Pero la revelación llegó fácilmente. ¿Amor? Podía explicárselo perfectamente. Sólo tenía que decirle al loco lo que sentía por Jim… ¡Si le decía eso, lo convencería con toda facilidad!

—Lo… lo que siento por ti es… es tan grande que… que no sé si sabré explicártelo, Mike —sonó su voz, aguda, crispada—. No sé… Es como si nada más que tú existieses en el mundo, como si la vida no tuviese importancia cuando no estoy contigo. Siento… siento que quisiera… entregarte mucho más que mi cuerpo o mi vida misma y… y quisiera que mis ojos sólo pudieran verte a ti… Cuando estoy contigo, la vida es siempre maravillosa, y pienso que mi felicidad es como de… de cristal, que puede romperse alguna vez que tú no estés conmigo. Te amo tanto, de tal modo, que si tú murieses, yo querría morir también… Así es mi amor, Mike.

—Rosalind… ¡Mi Rosalind! Dime más cosas, más…

Gladys sabía que estaba a punto de gritar, de soltar el volante,

de tirarse fuera del coche, de hacer cualquier cosa, pero el instinto de conservación es, posiblemente, el más poderoso en el ser humano, así que volvió a tragar saliva.

—Te amo tanto, que no me importaría demostrártelo con mi vida, Mike.

—¿Con tu vida?

—Muriendo por ti. Moriría por ti… Por eso he vuelto. Porque te amo hasta ese punto. Y nada importa ya… Mike, no puedo explicártelo mejor, no puedo… ¡Mi amor es tan grande que…!

—La verdad es que no está mal explicado —dijo de pronto el hombre, con tono festivo—… Pero yo no me llamo Mike, así que no has podido recordarlo. ¿Verdad? Me llamo Calvin. Calvin Turner —de pronto también su tono cambió, hacia una furia espantosa… ¡Y tú ni siquiera recordabas eso, así que me has estado mintiendo en todo, en todo, en todo…!

Gladys lanzó un alarido, hundió el freno con tal fuerza y tan bruscamente que ambos se golpearon de cabeza contra el parabrisas, y, todavía aturdida, intentó arrojarse fuera del coche. Pero la mano izquierda de Calvin Turner la asió por los rubios cabellos, y de un tirón la retuvo sentada.

—¡Te voy a matar! —chilló—. ¡Te voy a matar por intentar este escarnio conmigo, perra! ¡Hasta mi nombre has olvidado y querías hacerme creer que sentías todavía por mí un gran amor, que siempre lo habías sentido, que…! —De pronto, se calmó, fue como si en todo momento hubiese conservado la calma; volvió cabeza, y sonrió secamente al ver a Jim, que había detenido también su coche y corría hacia ellos—. Ahí viene tu marido. El hombre al que estabas dedicando esas palabras… ¿No es verdad? ¿No es verdad?

Gladys no contestó. No podía, no tenía fuerzas para ello. Estaba con la cabeza forzada hacia atrás, como clavada al respaldo del asiento por el poderoso tirón de Calvin Turner. Todo lo que pudo hacer fue gemir, mientras las lágrimas se deslizaban como pequeños torrentes por sus mejillas.

Y así estaban cuando James Robbs abrió la portezuela, y asomó el desencajado rostro.

—¿Qué…? ¡Gladys!

—Escuche esto —dijo Calvin—: Vuelva a su coche, sáquelo de la carretera, déjelo por ahí y venga a reunirse con nosotros. Si tengo

que repetirlo, lo mato ahora mismo.

Apoyó la pistola debajo de la alzada barbilla de Gladys. James Robbs ya no podía estar más pálido. De pronto, se enderezó, y corrió hacia el coche alquilado en Las Vegas. Lo sacó de la carretera, hacia el desierto, apenas cien yardas, y regresó corriendo al coche de Calvin Turner.

Cuando miró adentro, Turner estaba en el asiento de atrás, sujetando todavía los cabellos de Gladys, que lloraba mansamente. No por dolor, ni por miedo corriente, sino sumida ya en un estado de total postración, de derrumbamiento, de espanto que había penetrado en su mente anulando cualquier otro posible sentimiento o pensamiento.

—Usted va a conducir —dijo Calvin—. Yo le iré indicando el camino, siempre con la pistola en la nuca de su mujer. Hágala desplazarse hacia el otro asiento… Eso es. Ahora, tome el volante y dé la vuelta. Yo le iré diciendo…

CAPÍTULO IV

—PARE.

James obedeció.

Frenó, apagó el motor, y se volvió hacia Gladys. Hacía rato que la muchacha había dejado de llorar de aquel modo sobrecogedor, y hasta parecía haberse tranquilizado. No decía nada, no se movía. Simplemente, miraba hacia adelante, hacia la noche, hacia la oscuridad relativa del desierto.

Hacía muy poco que el hombre del asiento de atrás le había ordenado apagar todas las luces del coche y salir de la carretera, para conducir por el terreno desértico. Pero aún así, la visibilidad había sido sorprendentemente buena, debido al resplandor de la luminaria de Las Vegas, que llegaba hasta allí, en todos los colores, con tal intensidad que prácticamente no se podían ver las estrellas. Por eso, dedujo James que estaban más cerca de Las Vegas que cuando ellos dos se habían parado a contemplar las estrellas…

Primero habían ido rebotando duramente por el desigual terreno, pero enseguida, bajo las indicaciones del hombre, encontró un camino polvoriento, tan olvidado evidentemente que las ásperas matas del desierto habían vuelto a crecer en él.

Y ahora, no sabía dónde estaban. Sólo sabía que Gladys estaba en peligro, que parecía como alucinada…

—Gladys —le tomó dulcemente una mano—. Gladys, amor mío…

Ella volvió la cabeza, le miró. Parecía muy serena, sí.

—¿Hemos llegado? —musitó.

—Así es —contestó desde atrás Calvin Turner—. Hemos llegado al final del viaje. Salgan los dos del coche.

James lo hizo primero, y fue a abrir la portezuela de Gladys. La ayudó a salir, y se volvió hacia Calvin, que también se había apeado, siempre apuntando a la muchacha con la pistola. Con ésta,

señaló hacia la espalda de James Robbs.

—Por ahí.

Se volvieron los dos. No vieron nada especial, de momento. Pero, enseguida, fijándose con atención, vieron la entrada de la mina. Gladys no comprendió nada, pero James lo hizo inmediatamente: una mina abandonada, cualquiera sabía desde cuándo. Volvió la cabeza hacia Las Vegas, pero Calvin le empujó con la pistola.

—Vamos, caminen.

James le pasó un brazo por los hombros a su esposa, y comenzaron a caminar hacia la entrada de la mina. Era una galería que descendía suavemente y muy pronto se encontraron completamente a oscuras. La más negra, densa, absoluta oscuridad. Pero entonces, tras ellos, se encendió una linterna que lanzó su rayo de luz hacia adelante.

—Está todo previsto —dijo festivamente Calvin—. Sigan…

James se volvió, alzando una mano, para evitar el deslumbramiento.

—Escuche, todo esto me parece innecesario. Si quiere dinero dígalo y le daré todo lo que me pida.

—¿Todo?

—Todo lo que me pida. Todo lo que tengo.

—¿Y cuánto tiene?

—Encima unos dos mil dólares. Pero tengo casi siete mil más en el motel. Y casi doscientos mil más en mi cuenta. Podemos…

—Es muy interesante. Llegaremos a un acuerdo, ya lo verá. Pero mientras tanto, sigan.

—Pero no…

—¡Les digo que sigan! —aulló Calvin.

—Jim —susurró Gladys—: está loco. Es mejor que le hagamos caso…

Siguieron hacia delante, y siempre en suave descenso, hasta llegar a un pozo vertical. Calvin se acercó, y lanzó el rayo de luz hacia abajo, emitiendo un silbido. Abajo, en el fondo, se oyó un ladrido tremolante, entre furioso y patético.

—Es mi perro —explicó—. Mientras yo no ordene lo contrario, se portará bien. Pero les aconsejo que no me obliguen a darle la orden de ataque…

—¿Tiene un perro ahí abajo? —Se horrorizó James—. ¡Pero ese pobre animal…!

—Está acostumbrado. Y es muy obediente. Se llama «Dog», lo cual me parece muy acertado, ¿no creen? Vean esa escalera de madera. Primero, va a bajar la chica por ella, y luego usted… Si intentan algo, «Dog» los hará pedazos. ¿Entendido?

—Mire, todo esto…

—Si vuelve a protestar, perderé la paciencia, y todo va a terminar muy mal. Bajen.

Se colocó a un lado del pozo, iluminando los peldaños de madera. Gladys fue la primera en comenzar el descenso, resignada a todo. Cuando sus pies tocaron tierra firme, oyó junto a ella un gruñido que la obligó a lanzar un grito de espanto. Pero, desde arriba a unos treinta pies, llegó un silbido, y los gruñidos cesaron inmediatamente. A su lado, sólo quedó un jadear animal que le puso el vello de punta. Y volvió a gritar cuando algo húmedo tocó una de sus piernas…

—¡«Dog», retírate! —Llegó la voz de Calvin Turner.

El jadeo se alejó.

Segundos después, oía la llegada de alguien más abajo.

—¿Jim? —Tembló la voz.

Unos brazos fuertes la acogieron y Gladys se abrazó a su vez a James, sollozando.

—Cálmate —suplicó él, con voz aguda—. Ese hombre sólo debe querer mi dinero; Gladys. Se lo daré… Se lo daré todo, no te preocupes. Querrá retenernos aquí hasta que haya cobrado todo mi dinero, y luego nos dejará marchar…

—¡Retírense del pie de la escalera! —Llegó la voz de Calvin, con la luz de nuevo.

James se la llevó de allí, casi a rastras. Ella crispaba sus manos en los brazos de él.

—Jim, se llama Calvin Turner, dice… dice que yo me llamo Rosalind, y que quiere vengarse de mí, porque… porque lo abandoné o algo así… Y cree que… que me fui contigo, que tú eres el hombre por el que… por el que lo… abandoné… Está loco. Nos matará… ¡Nos matará, Jim, quiere matarnos…!

James Robbs se estremeció. Aquello cambiaba mucho la situación. Si sólo se tratase de dinero…, pero estar a merced de un

loco que quería vengarse de ellos era muy distinto. ¡Si lo hubiese sabido antes!

Miró hacia la boca del pozo, por donde llegaba la luz de la linterna. Calvin Turner estaba bajando…

—Ayúdame —susurró—. Tenemos que encontrar una piedra, o algo con lo que podamos atacarle… Ayúdame, Gladys.

La soltó, y se arrodilló, tanteando el suelo con ambas manos. Y de pronto, soltó un respingo, casi un grito, cuando aquella cosa húmeda tocó su rostro, y, junto a su oído, resonó el feroz gruñido. Inmediatamente, experimentó tal espanto que quedó helado, incapaz de moverse, paralizado por el continuo gruñido sordo, amenazador, junto a su oído.

Cuando pensó reaccionar ya era tarde. La luz había llegado abajo, y tras ella, Calvin Turner la orientó en su busca. Lo vio a gatas en el suelo, y, junto a él, de pie, petrificada, a Gladys.

Calvin soltó una risita.

—No haga tonterías —advirtió.

Pero para entonces, James Robbs había desechado cualquier plan de resistencia, de lucha Estaba contemplando, mudo de miedo, el gran perro que, junto a él, lo miraba fijamente, relucientes los ojos. Calvin silbó, y el animal fue hacia él alegremente, gimiendo de felicidad por el encuentro, ya autorizado a abandonar la vigilancia.

Muy pronto, la luz se perdió hacia el fondo de la galería horizontal.

—Sigan por ahí. Ve tras ellos, «Dog».

Notando al animal tras sus talones, los Robbs caminaron por aquella galería, hasta llegar a un ensanchamiento, donde se veían las bocas de entrada a otras tres galerías. Calvin Turner llegó tras ellos, y encendió un quinqué de gas, que dejó colgado de una de las tablas.

Gladys y James miraban impresionados a su alrededor. En un lado, había lo que podía ser una cama, casi a ras del suelo, con un par de mantas. Había algunas piedras que podían servir de asiento, y entre dos de ellas, se sostenía una vieja y carcomida viga que podía ser un banco. En un rincón, un frigorífico viejo, que, evidentemente, funcionaba también a gas. Y lo mismo el pequeño fogón de dos fuegos colocado sobre dos piedras una encima de otra. Finalmente, entre las bocas de entrada a dos galerías, había una

especie de armazón del cual pendía una cortina de plástico, de las utilizadas para proteger las bañeras; posiblemente, Calvin Turner utilizaba aquello como armario…

Lo miraron a él. Por primera vez pudieron verlo bien. Sí, era bien parecido, y debía tener alrededor de cuarenta años. No alto, pero, efectivamente, ancho de hombros, muy fuerte, con unas manos poderosas, muy musculadas. Calzaba botas de lona azul oscuro, y también sus pantalones eran oscuros, como su camisa y su raída cazadora de dril, o algo así. En conjunto, resultaba agradable, dando en todo momento una sensación de gran poderío físico.

Su mirada estaba clavada en Gladys cuando dijo:

—Tenía muchas ganas de volverte a ver, Rosalind.

Ella se apretó contra James, que se esforzó por mantener íntegro el ánimo.

—Señor Turner, se está equivocando, de veras. Ella no es Rosalind.

—¿No? Entonces, ¿quién es?

—Gladys Alcomb. Bueno, desde anoche es Gladys Robbs. Yo soy James Robbs. Nos casamos anoche, aquí, en Las Vegas… ¿Quiere ver usted mi permiso de conducir?

—A mí no se me engaña con un papel.

—Podemos demostrarle del modo que usted prefiera que somos quienes le he dicho. Vamos a aclarar esto, nos dejará marchar y lo olvidaremos todo… No tengo el menor deseo de perjudicarle, se lo garantizo, incluso le daré dinero… ¿Quiere dinero? Mire… Casi dos mil dólares: son suyos. Y aquí está mi permiso de conducir. Por favor, véalo. Y siento no tener aquí la licencia de matrimonio, para convencerlo también de que ella no es Rosalind…

Se adelantó hacia Calvin, que retrocedió un paso y señaló:

—Déjelo encima de esa piedra.

James dejó el dinero y el documento en el lugar indicado, y volvió junto a Gladys. Los dos se quedaron contemplando, esperanzados, a Calvin Turner cuando éste comenzó a caminar hacia la piedra…

En aquel momento, el perro emitió un gemido y se acercó a Turner, alzándose de patas, y dándole un lametazo en pleno rostro. La reacción de Turner fue terrible: comenzó a barbotar maldiciones mientras la emprendía a puntapiés con el perro, que se apresuró a

desaparecer por una de las galerías, aullando lastimeramente. Al parecer, su ferocidad aparente no sabía utilizarla contra Calvin Turner, que acabó aullando:

—¡Maldito animal! Él no es mejor que las personas, que siempre quieren algo… ¿Creen que me ama? ¡No! ¡Todo lo que estaba haciendo era pedirme su comida! ¡Siempre todos quieren algo de todos…!

Ante la perspectiva de convencer a Calvin, Gladys hizo un esfuerzo para reaccionar, para intentar ser amable, cortés.

—Yo diría que ese perro le quiere, señor Turner.

—¡Nadie me quiere!

—Pues el animal parecía muy contento de verle —dijo cautelosamente James.

—¡Desde luego! Sabe que cada vez que vengo, come. Por eso se alegra… Pero…, ¿quererme? —Se echó a reír acremente—. ¡No! Nadie, nadie, nadie me quiere… ¡Ni siquiera tú, Rosalind! Ya no… Ya no me quieres…

—Señor Turner, le suplico que vea mi permiso… Por favor… Mi esposa está muy asustada… Le ruego que terminemos con esto cuanto antes.

Turner le dirigió una torva mirada, pero se acercó, recogió el dinero, que se guardó de inmediato y luego echó un vistazo al documento. Se quedó pensativo, sombrío como desconcertado.

—Bueno —dijo de pronto—, esto no prueba que ella no sea Rosalind. Usted puede llamarse James Robbs, no lo dudo, pero nada me asegura que ella sea Gladys Alcomb.

—Es muy posible que Gladys se parezca mucho a Rosalind, señor Turner. Eso pasa a veces… Pero ya le digo que podemos demostrar que ella no es Rosalind.

Turner fue a sentarse en el banco, siempre mirándolos, muy reflexivo. Se pasó la mano por la boca, como preocupado… James y Gladys cambiaron una mirada de alegre esperanza.

—¿Dice que tiene más dinero en el motel?

—Sí, en la cabaña.

—¿Dónde de la cabaña?

—En uno de los bolsillos laterales de la maleta grande. El motel es el…

—Sé cuál es el motel. Estuve siguiendo a Rosalind desde que la

vi llegar al aeropuerto… Ya les digo que lo he estado viendo… y adivinando todo.

—Bueno… Si nos ha estado viendo, habrá comprendido que fuimos a casamos, señor Turner. Eso prueba que…

—Ella me dijo antes que fueron a ver al juez Newcombe, que es amigo de usted, pero que no se han casado, que…

—Gladys debía estar muy asustada, señor Turner. Pensó que era mejor no contradecirle a usted, no discutirle.

—¿Pensó que estoy loco?

—No —sonrió James, como si le estuviesen perforando el estómago con un hierro al rojo—. ¡Claro que no! Pero a veces, no sirve de nada discutir. Ella comprendió que yo podría aclarárselo todo a su gusto, y decidió no molestarle.

—Ah. Sí, entiendo. ¿No eres Rosalind? —Miró a Gladys.

—No… No, señor.

Calvin Turner volvió a pasarse la mano por la boca, muy reflexivo, fruncido el ceño. De pronto encogió los hombros y se puso en pie.

—¿Quieren comer algo? —ofreció.

James Robbs notó el gesto de Gladys, pero la retuvo, apretándole un brazo. Nada de prisas. Cualquier paso en falso podía dar lugar a que todo se estropease, ahora que parecía que podía ser hallada una solución, un arreglo.

—Bueno, gracias —admitió—. Con gusto tomaremos un bocado mientras arreglamos definitivamente esto… Es usted muy amable, señor Turner.

Éste asintió con la cabeza, y fue hacia el frigorífico. Se detuvo delante, y se volvió, pero mirando hacia el techo, como quien espera encontrar allí la solución a un jeroglífico sumamente complicado.

—Ella no es Rosalind —musitó—. No es Rosalind. Entonces…, ¿quién soy yo? Vamos a ver —recapacitó, desconcertado—. No es Rosalind, porque Rosalind se fue… y no ha vuelto. Se fue con un sujeto que yo no conocía… Claro, eso es: se fue y no ha vuelto… Porque sabe que si vuelve, yo me vengaría de ella, y de él… Me vengaría de los dos, si volviesen por aquí. Ellos lo saben muy bien. Por lo tanto, si Rosalind no volvería nunca, por miedo a mi venganza —se volvió señalando de pronto a Gladys con la pistola—,

¡ella no es Rosalind!

—Claro —se apresuró a corroborar James—, Rosalind ya sabe que no puede volver a Las Vegas, porque usted se vengaría. Si Gladys fuese Rosalind, no estaría aquí, no se habría atrevido a volver. Gladys, por lo tanto, no puede ser Rosalind.

—Eso es —sentenció Turner, satisfecho—. Sí, eso es, ni más ni menos.

Se volvió de nuevo hacia el frigorífico, lo abrió…, y en el acto, la cabeza del feroz «Dog» apareció por la entrada de la galería. El animal gimió lastimeramente, pero Calvin Turner no le hizo caso. Como si no lo hubiese oído. Debía estar todavía dándole vueltas en su cabeza al jeroglífico, pese a que, entre todos parecían haber hallado ya una solución muy satisfactoria.

—Bueno —dijo—, tengo algunas cosas por aquí, así que será mejor que se sirvan a su gusto.

—Muchas gracias —se adelantó James.

Desde luego, ninguno de los dos tenía el menor apetito, pero lo disimularon del mejor modo posible. Como quiera que Calvin Turner seguía empeñado en pensar en su jeroglífico particular, y no parecía prestarles demasiada atención ya, Gladys resolvió su problema de hacer desaparecer su ración tirándosela a «Dog», que aparecía y desaparecía en busca de los bocados, para engullirlos rápidamente, mirando siempre furtivamente a Turner.

Cuando Gladys terminó, velozmente, desde luego, con su parte, el perro se quedó mirándola, fijamente, haciendo movimientos de impaciencia.

La muchacha fue al frigorífico, sacó el recipiente que contenía despojos helados de carne y lo llevó a la entrada de la galería. Allí, gimiendo más que gruñendo, «Dog» se abalanzó hacia la comida, devorándola con velocísimas dentelladas terribles, capaces de arrancar una mano o un brazo a quien cometiera la imprudencia de ponerlos al alcance de los amarillentos dientes.

—Pero si usted no es Rosalind —machacó Turner—, ¿quién es?

—Gladys Robbs, mi esposa —se apresuró a decir James—. De soltera Gladys Alcomb.

—Ah, sí. Sí, es cierto… ¿Usted puede demostrarme eso, señor Robbs?

—Desde luego.

—¿Y cómo lo haremos?

—Podemos salir de aquí, ir al motel… Le enseñaré la licencia de matrimonio y le daré más dinero, si lo desea.

—No, no… Podrían jugarme una mala pasada.

—¿Nosotros? ¿A usted?

—Sí. Podrían avisar a la policía…

—Le aseguro que no pensamos hacer tal cosa. Lo único que queremos es aclarar este error, y no buscarnos complicaciones. Puede estar seguro de que no haremos nada que pueda perjudicarle, señor Turner.

—Lo siento, pero no me fío.

—Pero le aseguro que…

—¡No me aseguro nada! —Se enfureció de pronto Turner—. ¡Ya me han mentido y engañado demasiadas veces, así que no voy a confiar nunca más en nadie! ¿Se entera?

—Cálmese… Cálmese, por favor. Estoy seguro de que podremos arreglarlo a gusto de todos.

—¡De todos, no! ¡Tiene que ser a gusto mío, y espero que esto quede bien claro!

—Naturalmente. Haremos lo que usted quiera, señor Turner.

—Entonces, es posible que lleguemos a ese acuerdo. Usted se irá, y ella se quedará.

—¿Cómo? —saltó James.

—Usted irá a buscar esa licencia de matrimonio, y me traerá todo el dinero que tenga. No estarnos lejos de Las Vegas, así que en menos de una hora puedo haber ido y vuelto… No, demasiado justo el tiempo. Está bien. Le daré dos horas. Dos horas; ¿lo entiende? Si dentro de dos horas usted no ha vuelto con todo eso, yo mataré a su esposa. ¡La mataré, y no me importará que usted jamás vuelva! ¡Ni me importará nada, ni…!

—Por favor, tranquilícese. No le estoy discutiendo nada ahora, señor Turner. Sin embargo, pienso que sería mejor que fuese Gladys la que marchase a buscar el dinero y la licencia. Ella…

—¡No! ¡Usted o ninguno!

—Comprenda que…

—Ve tú, Jim —musitó Gladys, muy pálida—. Yo me quedaré con el señor Turner. Ahora que sabe que no soy Rosalind, y que nunca le he hecho nada malo, estaré bien con él… ¿Verdad, señor Turner?

—Sí —Calvin sonrió de pronto, casi dulcemente, como un niño al que han contentado extraordinariamente—. Sí, ya sé que ella no es Rosalind. Es Gladys Robbs.

Sí… No es Rosalind… Se le parece, pero no… Rosalind es mucho más hermosa… Pero es mucho más mala. Usted es buena, señora Robbs. Estará bien conmigo, sí… ¿Quiere comer algo más?

—No, gracias.

—Bueno… Estaremos bien aquí los dos. Podemos charlar… ¿Le gustan los tapones?

—¿Los tapones?

—Sí. Los tapones de refrescos, de toda clase de botellas. Yo tengo muchos. Los colecciono. ¿Usted no tiene tapones?

—No. Pero ahora que lo dice… supongo que sí debe ser muy interesante. ¿Tiene usted muchos?

—Casi mil —rió Turner—. Algunos son muy originales por su forma, o su funcionamiento, o sus colores…

James Robbs miraba de uno a otra, preocupado. Cierto que Calvin Turner parecía estar convencido, y que Gladys estaba afrontando ahora muy bien la situación, pero… Bueno, podía ir y volver a toda prisa. Podía estar de vuelta en menos de una hora, seguramente. Iba a correr como nunca en su vida. Comenzó a ponerse en pie, y en el acto, Turner le dirigió una relampagueante mirada, sacando la pistola y apuntándole.

—¿Qué hace usted? —gritó.

—Voy a buscar el dinero…

—¿Cuál…? Ah. Ah, sí… Sí, está bien. Vea si puede comprarme algo de tabaco. Y no se dé prisa, no… ¿De verdad le gustan los tapones, señora Robbs?

—Creo que acabarían gustándome mucho —sonrió Gladys, con un esfuerzo.

—Bueno… Le voy a enseñar luego algunos. Y le hablaré de las muchas clases que hay. Cuando tenga exactamente mil… Pero luego se lo explicaré. Ahora voy a acompañar a su esposo arriba, y le dejaré las llaves del coche. Dígale que si él no vuelve antes del amanecer, o avisa a la policía, yo la mataría, señora Robbs… Y ahora ya no me gustaría hacerlo.

Gladys miró a James, que de nuevo vacilaba. No hacía falta que ella le dijera nada, desde luego. Turner los miraba a los dos, y

sonrió cuando James besó a la muchacha, que le sonrió animosamente.

Todavía antes de desaparecer hacia la salida, James Robbs, se volvió, dirigiendo una última mirada a su joven, bonita y rubia esposa. Una mirada de amor, de esperanza, de admiración hacia el temple de aquella muchachita que, en una semana, se había convertido en tan importante como su misma vida.

Cuando Calvin y James hubieron desaparecido, Gladys no pudo dominarse más, y rompió a llorar desconsoladamente. Tenía un miedo espantoso, temía que pudiera ocurrirle cualquier cosa en manos de aquel loco, pero no podían hacer otra cosa que obedecerle.

Lo que se perdiese por obedecerle, se perdería también por desobedecerle… Y quizás las cosas fuesen peor todavía. Tenía que ser fuerte, soportar como fuese aquella hora, o quizá dos horas…

Se sobresaltó al notar aquella cosa áspera, caliente y húmeda en una pierna, apartó vivamente las manos de la cara, y se quedó mirando horrorizada, helada de espanto, incapaz de reaccionar, el pavoroso «Dog», que también fijó en ella sus ojos inyectados en sangre.

CAPÍTULO V

DURANTE un par de segundos, Gladys experimentó el terror más grande de su vida.

Aquellos ojos amarillentos y rojos a la vez, casi luminiscentes, fijos en ella, la llevaron, en realidad, al borde del desvanecimiento. Ni siquiera pensó en gritar ni tenía fuerzas para ello. Simplemente, en aquel par de segundos, toda su piel pareció helarse, erizarse, estirarse, encogerse, agrietarse, tensarse, aflojarse… Algo como un viento helado sopló desde su nuca hacia arriba, envolviendo su cabeza. Notó los cabellos prácticamente uno a uno…

Y sobre todo, aquel helor.

Aquel helor intenso dentro de ella, como si de pronto se hubiera quedado congelada a miles de grados bajo cero.

Y de pronto, tan sólo dos segundos después, el perro le lamió una mano, y gimió. Gimió de tal modo que a Gladys le pareció un niño, mientras comenzaba a mover los cuartos traseros a impulsos de la cola.

Todavía aterrada, Gladys tardó unos segundos en comprender. ¿Era posible? ¿Aquel animal la había besado a su manera, con lametones, y ahora se mostraba contento en su presencia? Pensó que no debía moverse, que no debía hacer nada. Sí, lo mejor era esperar el regreso de Calvin Turner, y él pondría a raya al perro. Aunque en realidad, no sabía si temer más a Turner que al animal.

Porque ella había visto algo en los ojos de Turner que la había escalofriado. Algo que, al parecer, Jim no había visto: una expresión irónica y malvada…

No.

No era la expresión de un pobre, loco más o menos peligroso, sino una expresión de maldad… De maldad refocilada, de perversa ironía, de sarcasmo, de burla.

Ahora le parecía mucho menos terrible la mirada del perro

encerrado en una mina abandonada que la mirada de su amo.

«Ojalá Jim no vuelva —pensó estremeciéndose—. Él es inteligente, no debe volver. Y si vuelve, lo hará con la policía, para que detengan a ese loco malvado. Pero si vuelve con la policía, él lo sabrá… ¿Qué hará conmigo entonces? Me matará, claro. Pase lo que pase, él me matará, antes que nada. Pero al menos, se habrá salvado Jim. Uno de los dos podía salvarse, y yo sé que sólo podía ser él. Turner no quiere nada de él, salvo su dinero… ¿Y de mí? ¿Qué es lo que quiere de mí?».

Volvió a estremecerse, ante los pensamientos que acudieron a su mente. En realidad, no era tan difícil adivinar lo que Calvin Turner pudiera querer de ella. Pero…, ¿se atrevería a hacerlo, sabiendo que Jim iba a volver?

Un nuevo gemido del perro la arrancó de sus sombríos pensamientos que le causaban súbitos desfallecimientos. El animal la miraba, y seguía moviendo el rabo. Gladys alargó una mano, y en el acto «Dog» se apartó, velozmente, revolviéndose enseguida, ya sin gemir, sin mover el rabo, mirándola de tal modo que Gladys casi se sintió enternecida.

Chascó dos dedos.

—Ven —dijo dulcemente—. Ven, «Dog». ¿Tú eres bueno? ¿O al menos, no eres tan malo como parece? Ven, ven… Acércate, «Dog», acércate.

El animal estuvo todavía unos segundos inmóvil, contemplándola. A Gladys le parecieron sus ojos casi tan inteligentes como los de una persona, estudiándola, valorándola, definiéndola, tomando opinión sobre ella el animal.

—Ven —volvió a chascar dos dedos—. ¿Tienes miedo de mí?

Casi rió histéricamente al pensar esto. Tendría gracia, desde luego, que aquel animal tuviese miedo de la persona que, en aquellos momentos, era posiblemente quien más miedo estaba pasando en el mundo.

—Ven, ven, ven —insistió.

«Dog» comenzó a acercarse, lentamente. Cuando llegó lo bastante cerca, Gladys alargó aún más el brazo, y el animal se encogió cuando la mano se posó suavemente sobre su cabeza. Gladys comenzó a rascar detrás de una oreja al perro, y éste quedó inmóvil, mirándola.

«Tiene una expresión casi humana», pensó Gladys. Y lo dijo en voz alta:

—Tienes una expresión casi humana, «Dog». Y creo que es por el miedo que también tienes. ¿Desde cuándo debes estar aquí abajo? Es terrible ese hombre, ¿verdad? Si él no…

Se calló de súbito, y se puso en pie de un salto, sobresaltando al animal, que se apresuró a alejarse de ella. Le había parecido oír un ruido en una de las galerías que desembocaban en aquella pequeña plazoleta de distribución. Desconcertada, miró a su alrededor. No sabía en cuál de ellas le había parecido oír el ruido. Ni siquiera estaba segura de por cuál habían llegado allí.

Aguzó el oído, pero no oyó nada.

—Deben ser mis nervios —dijo—. Él todavía debe estar arriba…, aunque no tardará ya. ¿Te has asustado? —Miró al perro—. No debes temer nada de mí… Eso sería divertido, «Dog». Ven… ¿No quieres venir? —Chascó de nuevo dos dedos—. Ven, ven…

Al mismo tiempo, se acercaba ella al perro, que se encogió, quedó entre expectante y listo para el ataque cuando la mano de ella volvió a posarse sobre su cabeza. Gladys se dedicó a rascar a cuatro dedos detrás de las orejas de «Dog», que la miraba con los ojos ladeados, recelosos todavía.

La muchacha se quedó mirando la cortina que pendía del armazón colocado entre las entradas a dos galerías. ¿El armario de Calvin Turner? ¿Tenía allí sus ropas? Seguramente…

Se acercó, y apartó la cortina.

No. No eran las ropas de Calvin Turner, desde luego. Eran ropas de mujer. Todo eran ropas de mujer. Ropas de todo el conjunto que puede llevar una mujer: combinaciones, sujetadores, faldas, jerseys, un par de vestidos de noche… Y zapatos, y varios bolsos…

Una idea brotó de pronto en su mente: ¿podían pertenecer aquellas ropas a Rosalind? Esto podía implicar que ella había estado allí abajo viviendo con Calvin Turnen lo cual le pareció sencillamente increíble. ¿Por qué tenía que vivir allí una mujer, por mucho que amase a un hombre? Era absurdo. Tan absurdo, ciertamente, como el hecho de que un hombre, cualquier persona, hubiese escogido aquel siniestro lugar como vivienda.

Pero ¿de quién podían ser aquellas ropas, sino de Rosalind?

—Él dice que Rosalind es mucho más hermosa que yo… A lo

mejor hay alguna fotografía de ella…

Tomó uno de los bolsos grandes, de día, y tras mirar a su alrededor atemorizada, lo abrió. No había fotografías de ninguna clase, ni documentos. Sólo la serie de cosas que suele llevar una mujer: carmín, pañuelo, maquillaje, lima de uñas… Un montón de cosas de ésas que obligan a una mujer a limpiar el bolso periódicamente, para poder entenderse con él.

Tomó uno de los dos bolsitos de noche, y dentro encontró lo mismo, en menos cantidad, un poco más ordenado. Tomó otro de los bolsos grandes, y allí vio enseguida el «nomeolvides» de oro, una bonita pulsera con una placa. Miró el nombre escrito en ella, esperando que fuese el de Rosalind, pero no.

No.

La inscripción era:

* * *

—Coleen y Herbert… A Coleen, de Herbert —estaba desconcertada—. ¿Quizá nos ha mentido sobre el nombre de Rosalind y el de él? ¿Por qué? ¿Qué importancia tendría para nosotros un nombre u otro?

Estaba mirando pensativamente uno de los sujetadores colgados en la barra de hierro cuando, de pronto se dio cuenta de una cosa: dos de aquellos sujetadores no podrían pertenecer jamás a la misma mujer… A menos, claro, que utilizase rellenos alguna vez. O sea, que la que, normalmente, precisaba la talla pequeña, quisiera en ocasiones dar la impresión de que tenía los senos más grandes…

Era una tontería, porque incluso los sujetadores pequeños evidenciaban ya una talla en absoluto ridícula. Más bien bonita, fina.

Su mirada fue de un vestido a otro, de una prenda a otra, estableciendo mentalmente comparaciones. ¿Dos mujeres? No… Dos, no. Más. Más de dos. Por lo menos, las tallas que podía calcular en las diversas prendas, teniendo en cuenta su longitud, su anchura, sus tendencias, correspondían a tres o cuatro mujeres. O a cinco…

Ropas de cuatro o cinco mujeres…

El estremecimiento helado la sacudió de nuevo.

—No —se resistió—. No debo pensar esto, no…

Pero el frío había vuelto a penetrar en ella. Estuvo inmóvil,

contemplando aquellas ropas que, sin la menor duda, correspondían a varias mujeres. Sin la menor duda.

Las piernas comenzaron a temblarle de tal modo, que tuvo que sentarse sobre una piedra. «Dog» se colocó delante de ella, emitiendo nuevamente gemiditos, ahora de franca amistad. Ahí era nada: una persona que le daba de comer, y, en lugar de propinarle puntapiés lo acariciaba, le rascaba las orejas.

Pero Gladys ya ni siquiera veía ni oía al perro. En su cabeza, las palabras parecían dolorosos globos que iban estallando, llenando de aire caliente su cerebro: prendas de varias mujeres, prendas de varias mujeres.

Alzó la cabeza.

Sí. Ahora estaba segura de haber oído algo. Pasos, desde luego.

Se puso en pie rápidamente, corrió la cortina ocultando las prendas femeninas, y volvió a sentarse en el banco, lo más lejos posible de allí. Miró a «Dog», que agachó las orejas y se apresuró a desaparecer por una de las galerías. Poco después, oía los pasos con toda claridad.

Y finalmente, Calvin Turner apareció por una de las galerías. La miró, y se quedó como clavado en el suelo. Su expresión era estupefacta.

—Rosalind —murmuró—: ¡Rosalind!

Se precipitó hacia ella, y Gladys se puso en pie, sin darse cuenta siquiera. Calvin Turner llegó, y la abrazó, fuertemente, apretándola contra su amplio pecho, estrujándola con sus poderosos brazos, emocionado.

—Rosalind, mi vida… ¡Has vuelto!

Calvin Turner buscó la boca de Gladys, que no fue capaz de reaccionar.

Simplemente, cuando aquellos labios grandes, duros, cayeron sobre los suyos, se desvaneció.

CAPÍTULO VI

ABRIÓ los ojos, y se quedó contemplando aquel techo extraño, oscuro… Parpadeó, desconcertada, al ver las amplias telarañas, la tierra…

—Rosalind…

Volvió la cabeza hacia donde había sonado la voz, y vio a Calvin Turner, sentado junto a ella, mirándola solícitamente, muy preocupado. Le tomó una mano, y ella vio entonces su brazo desnudo, cuando él lo alzó. Calvin Turner besó su mano, y su brazo…, mientras Gladys se sentía incapaz de reaccionar al ver sus ropas tiradas en el suelo, fuera de aquel lecho de sucias mantas hecho en el suelo.

Su escalofrío fue tan intenso una vez más, que Turner dejó de besarla, y la miró a los ojos, tierna su expresión.

—Rosalind… Mi vida… ¿Estás bien?

Gladys abrió la boca, pero no brotó de ella ningún sonido. Calvin Turner le pasó una mano por una mejilla, cariñoso, humildemente.

—Te has desmayado —dijo—. Yo también estuve a punto de desmayarme al verte. ¡Te he echado tanto de menos…! Creí que nunca te volvería a ver… ¿Te sientes bien? ¿Quieres beber algo? Tengo un poco de *whisky*… ¿No?

Gladys estaba moviendo negativamente la cabeza, pero de pronto lo hizo afirmativamente.

—¿Sí? —Se alegró Turner—. Te sentará bien, te sentirás mucho mejor, ya verás. Se puso en pie, y Gladys se apresuró a incorporarse, se inclinó hacia un lado, y recogió su vestido. Cuando Turner se volvió con una botella en la diestra, ella estaba intentando ponérselo rápidamente, pero desistió de ello, y se limitó a colocárselo delante cubriéndose como pudo.

—¿Tienes frío? —Sonrió dulcemente Turner—. Antes nunca

tenías frío, Rosalind… Pero ya verás como te sentirás mejor cuando hayas bebido esto.

Se acercó y le tendió el vaso. Tuvo que sujetarle la mano para escanciar *whisky* en él, pues Gladys temblaba violentamente. Cuando se llevó el vaso a los labios, el cristal tintineó contra los dientes, y parte del licor escapó por los lados de su boca. Devolvió el vaso, y comenzó a toser, sujetando con ambas manos, fuertemente, el vestido contra su pecho. Calvin Turner la abrazó, y le dio palmaditas en la espalda.

—No es nada —dijo—. No es nada, Rosalind. No te preocupes, no es nada. No puedes temer nada malo ahora que has vuelto conmigo. Y no tengas miedo de mí: te perdono… No tengo más remedio que perdonarte, pues te amo tanto… Cuando te fuiste, creí que me moriría, pero no fue así, no tuve esa suerte… Y ahora me alegro, porque has vuelto. ¡Otra vez juntos, Rosalind…! —La apartó de pronto, y se quedó mirándola de un modo terrible, con el ceño fruncido, las mandíbulas prietas—. Porque tú… eres Rosalind, ¿no es cierto?

La mirada de Gladys, desorbitada, se desvió un brevísimo instante hacia el armario construido con una simple tabla, una barra metálica y una cortina. Un instante tan brevísimo, que pareció que Calvin ni siquiera se daba cuenta.

—¿No eres Rosalind? —musitó.

Gladys asintió con la cabeza, tragando saliva.

—Sí —dijo con voz ronca, quebrada—. Sí, soy… soy Rosalind…

—Ah… Sí, eres Rosalind. Te he visto bien, y eres tú, mi amor. No podría amar a ninguna, otra mujer. Si tú no fueras Rosalind, te… te… —Las manos de Calvin Turner rodearon el cuello de Gladys, que notó aquellos dedos grandes, fuertes, calientes, como si fuesen un dogal asfixiante—. Pero eres Rosalind.

—Sí… ¡Sí!

Inmersa en la más terrible angustia, Gladys Robbs tuvo que asentir, casi con entusiasmo…, mientras pensaba en aquellas ropas de varias mujeres. Si seguía diciendo que era Rosalind, las consecuencias iban a ser terribles…, pero si decía que no lo era, dentro de muy poco, sus ropas estarían también en aquel «armario», y, de todos modos, seguramente, todo sucedería igual, fuese como fuese.

—Sí —murmuró con voz velada Calvin Turner—. Eres mi Rosalind…

Se inclinó para besarla, y Gladys se limitó a cerrar los ojos. Se sentía de pronto como embotada. Embotada para todo lo que no fuese aquel pensamiento: «¿Qué pasará si le digo que no soy Rosalind? ¿Qué pasará…?».

Pensó en las manos de Turner, que ahora estaban en otro sitio, apretando su cuello; y en los vestidos colgados en aquel armario.

—Rosalind… Mi vida…

El desesperado pensamiento estalló en la mente de Gladys Robbs:

«Perdóname, Jim… ¡Perdóname…!».

CAPÍTULO VII

—ERES tan dulce —dijo dulcemente Turner—. Tan dulce, mi amor… Por eso nunca pude olvidarte, por eso siempre te he estado esperando, siempre te he amado, y siempre te amaré…, ¿no me estás oyendo?

Gladys yacía cara al techo, con los ojos fijos muchísimo más allá, como si su mirada pudiese atravesarlo. Unos ojos agrandados, vidriosos, estáticos. Estaba lívida toda ella, parecía una estatua de mármol.

Turner la acarició.

—¿No me oyes? —insistió.

La muchacha desvió los ojos hacia él. Y en ellos apareció una luz de abyecto terror al tiempo que todo su cuerpo se estremecía violentamente.

—¿Tienes frío?

Ella no contestó tampoco ahora. Calvin Turner subió una manta, y la cubrió parcialmente. Gladys bajó la mirada. En realidad, ya no sentía nada. Nada, salvo aquel terror que la tenía congelada, insensibilizada a todo lo demás. Él se levantó, y fue a tomar la botella de *whisky*, de la que bebió directamente un largo trago. Luego miró a Gladys, y sonrió, haciendo un gesto con la botella hacia ella, que acabó asintiendo con la cabeza. Él fue a sentarse a su lado, le dio la botella, y Gladys se sentó y bebió hasta que su garganta no pudo soportarlo más, hasta que su estómago pareció llenarse de fuego.

Pero esto no importaba. Tenía que reaccionar, tenía que seguir adelante con su propósito. Ya no podía detenerse. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Jim se había marchado? ¿Una hora, dos, tres…, un año, tal vez? Desde luego, si él no había vuelto todavía, solo o con la Policía, era porque había pasado mucho menos tiempo del que pensaba.

Al pensar en su marido, una sensación de absoluta desdicha invadió el ánimo de Gladys Robbs. ¿Quizá Jim habría preferido que ella se hiciese estrangular antes que…? ¿Se lo diría? ¿Le diría a Jim lo que había ocurrido, en plena luna de miel? Lo sensato era sobreponerse, no permitir que él comprendiese lo que había pasado durante su ausencia, y no decírselo jamás. ¿Qué iban a ganar ambos con que Jim se enterase? Simplemente, ella había luchado por su vida con su única arma, pero…, ¿lo comprendería él? ¿Podrían en adelante seguir viviendo felices si se lo decía? Desde luego, él era muy considerado y bueno, pero…

¿O no era tan considerado y bueno como ella creía? ¿Podía ser que Jim no tuviese intenciones de entrar él solo en aquella mina, no correr ningún riesgo ni siquiera, por ella, y que enviase por delante a la Policía…? Eso significaría que Calvin Turner la mataría, antes que nada, estaba segura de ello. Entonces, su sacrificio, aquel horror, no le habría servido de nada. Salvo para alargar unos minutos o unas horas su vida… Una vida que ya no sabía si valía la pena vivirla…

—¿En qué estás pensando, amor mío?

Casi gritó al oír la voz de Turner. Lo miró al mismo tiempo que pensaba que sí, que quería seguir viviendo, como fuese. ¡Quería seguir viviendo a pesar de todo!

Y si Jim sentía miedo y no bajaba solo hasta allí con la esperanza de engañar a Turner, si él enviaba a la Policía, Turner la mataría. Entonces…, tenía que salir de allí antes de que Jim regresase con la Policía…

—Estaba pensando —pudo murmurar—, en que me gustaría que fuésemos a algún sitio, mi amor.

—¿Qué quieres decir?

—No sé… Salir.

—¿Salir de aquí? ¿No estás bien conmigo?

—Sí, sí, pero…

—¿Ya no recuerdas? Siempre decíamos que con nuestro amor no necesitábamos nada más, a nadie más, que lo único que importaba era estar juntos, lejos de todo. Y por eso, yo busqué este lugar, sólo para nosotros… ¿Lo recuerdas, Rosalinda? Te lo dije: he encontrado un lugar en el desierto donde nunca, nadie, jamás, nos encontrará. Nunca viene nadie aquí, nunca. Ni nunca vendrá nadie. Nunca. Por

eso me gusta este lugar. Y a ti te gustaba antes… ¿Ahora no? ¿Ya no?

—Sí —casi gritó Gladys—. Sí me gusta, pero quisiera que saliésemos un poco. Tampoco arriba hay nadie, Calvin, y podemos ver las estrellas, juntos…

Calvin Turner frunció el ceño, y quedó pensativo. Luego miró su reloj, calculando…

—¿Qué… qué hora es? —preguntó Gladys.

—Casi las tres de la madrugada… Sí, creo que es la hora. Podemos salir. Pero, Rosalind, me da la impresión de que estás cansada de estar conmigo, de que estás intentando buscar otra compañía —sus ojos relucieron, crueles, sardónicos—. No será eso lo que quieres hacer otra vez, ¿verdad?

—No… ¡No!

—¿No quieres abandonarme otra vez?

—No… No, Calvin, no… ¡Te juro!

—¿Me amas?

—Si…

—Entonces, bésame.

El fuego que todavía sentía Gladys en su estómago pareció revolverse, explotar. Se inclinó hacia él, y lo besó en una mejilla. Turner se echó a reír.

—¡Eso es un beso de niña! —protestó—. Y no es eso lo que te he pedido. Bésame otra vez, pero aquí, y aquí… Vamos, hazlo, y te llevaré arriba, contemplaremos juntos las estrellas… ¿No quieres hacerlo?

Gladys Robbs lo hizo, lo besó… y mientras lo hacía, él se echó a reír, y la apartó. Se puso en pie rápidamente, mirando de nuevo su reloj.

—Está bien —dijo—, vamos a salir.

Gladys apenas pudo contener una exclamación de alegría. Se levantó, y se puso rápidamente su vestido. Si salían, podía escapar corriendo de él. El único riesgo era recibir un balazo, pero eso le parecía menos terrible que seguir allí, al alcance de aquellas manos tan poderosas. Quizá Turner la persiguiese a pie, y así, tendría alguna esperanza de escapar. Y hasta quizá lo consiguiese aunque él la persiguiese con su coche. Sabía que la carretera no estaba demasiado lejos… O quizá sí. No podía estar muy segura de ello,

porque había llegado hasta la mina en el coche, y no es fácil hacerse una idea exacta de la distancia recorrida en coche. Lo que en coche se tarda, un par o tres de minutos en recorrer, y nos parece poca cosa, luego, a pie, pueden ser dos millas quizá… ¡Dos millas llevando detrás a aquella bestia! ¡Imposible!

Pero había que intentarlo. Porque a aquella hora, a las tres de la madrugada, tenía que pensar que Jim ya no volvería. Había tenido tiempo de sobras…

—Vamos —apremió él—. Tantas ganas de salir, ¿y ahora te entretienes pensando?

—No, no. Ya… ya estoy…

Se puso rápidamente los zapatos, y miró a Turner, intentando conseguir una sonrisa.

Calvin Turner la miraba fijamente. De pronto, se echó a reír.

—Es formidable —dijo—. ¡Realmente formidable lo que una persona llega a hacer pensando sólo en su puerca vida!

—¿Qué… qué dices?

—Nada. Solamente que cada día me divierte más esto. Tenéis todas una imaginación formidable cuando se trata de vivir. Tenéis un afán de vida extraordinario. La primera vez que quise divertirme asustándola, quedé sorprendido de los resultados, de la reacción de ella. Las siguientes veces he ido de sorpresa en sorpresa. Vuestra imaginación, vuestra… «astucia» —rió de nuevo, irónicamente—, no deja de sorprenderme.

—Yo no… no sé de qué estás hablando, ni de quién…

—Vamos —dijo él—. Ya no me queda mucho tiempo.

Tomó la linterna, y señaló hacia la boca de una de las galerías. A Gladys le pareció que no era la adecuada, pero no dijo nada. Sin duda alguna, Calvin Turner conocía muy bien aquella mina.

Él la esperaba en la entrada a la galería. Había apagado la luz de gas y encendido la linterna de pilas. El rayo de luz se dirigía hacia el fondo.

«¿Será posible? —Pensó Gladys—. ¿Será verdad que voy a salir viva de aquí?».

Ni mucho menos estaba segura de conseguirlo, porque de nuevo había visto en los ojos de Turner aquella luz cruel, perversa, sarcástica, regocijada. Y aunque había hecho lo posible por no dar a entender que lo comprendía todo, lo cierto era que creía haber

interpretado exactamente las palabras de aquel canalla, de aquella extraña bestia humana… ¿Humana? ¿Qué tonterías estaba pensando…? Calvin Turner no tenía absolutamente nada de humano. Era un ser como no podía haber otro en el mundo. Sería horrible que hubiese más hombres como aquél.

Caminaban deprisa, uno junto a otro. Y debían haber recorrido quizá trescientas yardas, y ya empezaba Gladys a pensar que Turner no conocía la mina tan bien como ella creía, y que se habían perdido por las galerías, cuando él se detuvo, y le tendió la linterna.

—Toma —dijo—. Aguanta un momento.

Fue hacia una grieta que había a un lado… Parecía que mucho tiempo atrás hubiese habido un derrumbamiento, y se veían algunas rocas de buen tamaño apiladas ante la grieta. Calvin las apartó a un lado con facilidad, sin forzar en absoluto su poderosa musculatura, y se volvió.

Le quitó a Gladys la linterna, y dirigió la luz hacia la grieta.

—Entra por ahí —dijo.

—Pero ésa no es la salida… No vinimos por…

—Te gustará pasar por aquí. El camino es más corto.

¿Qué podía hacer Gladys? A aquellas alturas, ponerse a discutir con Turner era absurdo. Así que se deslizó por la grieta, con la luz de la linterna a su espalda, dirigida hacia arriba. Al otro lado, la oscuridad era total, y el resplandor de la linterna, llegando por detrás, no servía de gran cosa.

Calvin Turner estaba entrando ya tras ella, y Gladys se volvió, dispuesta a seguir; tenía que salir de allí cuanto antes… Tropezó y cayó de bruces, lanzando una exclamación. Sus manos pararon el golpe contra el áspero suelo, dolorosamente. Las acercó, apoyándolas para incorporarse… Apoyándolas en algo que no era tierra, ni roca, ni madera. Algo más horrendo… Parecía tela. Tanteó, y su mano derecha quedó inmóvil al tocar una cosa que parecía de goma fría… Deslizó los dedos temblorosos, y fue notando el contorno, la forma de lo que estaba tocando: una barbilla, una boca, una nariz. No podía ser, claro…

La luz de la linterna se desplazó hacia allí, de pronto, como un foco en un espectáculo.

Y Gladys Robos, que había retirado vivamente la mano, vio ante ella el rostro de su marido. James Robbs. Éste yacía de cara al

techo. Tenía la boca crispada, los ojos muy abiertos, vidriosos.

Gladys no reaccionó en modo alguno. Ni siquiera pudo gritar. Se quedó mirando obsesivamente el rostro del hombre amado. Sí: estaba muerto. James Robbs estaba muerto. No había salido de la mina. No. No había salido. Claro… Calvin Turner la había engañado también en aquello. ¿Cómo había podido pensar que aquel hombre dejase salir tranquilamente a Jim? Se lo había llevado por aquellas galerías, lo había asesinado, y había vuelto con ella, haciéndose de nuevo el loco, llamándola Rosalind, y consiguiendo así que ella misma decidiese ser con él tan complaciente como habría podido serlo una auténtica Rosalind, para mantenerlo pacífico, siempre con la esperanza de salvar la vida, de poder salir de allí como fuese…

—Eres una chica lista —oyó la voz de Turner tras ella—. Has sido la más joven y la más lista. Aunque no la más bonita. Hubo otra mucho más… sensacional. Mira, ése era su marido.

La luz se desplazó, y Gladys, embotados sus sentidos, miró hacia allí.

Ahora sí.

Ahora sí lanzó un alarido larguísimo, tremolante, palpitante, henchido de terror, al ver, más allá, a otro hombre, que yacía también en el suelo… Es decir, lo que quedaba de otro hombre, pues parecía… despedazado. Le faltaban trozos de carne por todas partes, de modo que su aspecto no podía ser más espeluznante. Y todavía estaba vibrando el alarido de Gladys cuando la luz volvió a desplazarse, iluminando a otro hombre, y a otro, y a otro, y a otro, y a otro… Como en el campo iluminado de un foco giratorio, alucinante, la escena macabra de siete, hombres muertos lo llenaba todo. Calvin Turner reía, y seguía jugando con la luz de la linterna, llevándola de un lado a otro, velozmente, hasta detenerla de nuevo sobre el hombre despedazado.

—Ése fue un poco duro de roer, pero, como todos, cayó en cuanto le clavé la navaja en los riñones. ¿Sabes?, no había que hacer ruido mientras la esposa esperaba allá dentro. Tenía que pensar que su marido había salido, y ser amable mientras lo esperaba… ¿Ves como ha quedado? Bueno, pues lo hizo «Dog». Parece que me olvidé de ponerle comida aquella vez, y el animal llegó hasta aquí supongo que guiado en la oscuridad por el olfato. Por eso, luego, ponía las piedras cada vez… No se puede uno fiar de

un animal que llega a comer carne humana.

Gladys había apartado la mirada de los restos de aquel hombre, pero entonces tuvo que contemplar el rostro de Jim, rígido, crispado por el dolor, expresando sus vidriados ojos aquel dolor, el miedo, la impotencia.

Seguía oyendo la voz de Calvin Turner, y sus frecuentes risitas. La oía, inevitablemente, pero no la escuchaba. Se puso en pie, lentamente, y se volvió hacia él, que seguía hablando y riendo, hablando y riendo…

De pronto, Gladys se abalanzó hacia la salida, hacia la grieta. Pero tan velozmente junto a Turner, que éste apenas tuvo tiempo de reaccionar, alargando la mano derecha hacia la muchacha. Los fortísimos dedos asieron el vestido de ella por el cuello, pero Gladys siguió corriendo, dando un salvaje tirón… El vestido se rasgó por completo, de arriba abajo, y quedó en la mano de Calvin Turner, mientras Gladys desaparecía por la grieta.

Lanzando, una imprecación, Turner tiró el vestido a un lado, y salió a toda prisa en pos de la muchacha. Pero, cuando apareció en la galena, ella ya no estaba a la vista. Miró a ambos lados de la galería, dirigiendo la luz a derecha e izquierda, y vio el desvío hacia esta última parte. Siguió corriendo hacia allí, amarillenta, sórdida al ser absorbida por las paredes de tierra, iluminó un instante el blanco cuerpo brillante de Gladys antes de desaparecer por otra bifurcación. Sus pasos, sus zapatos de ancho tacón, resonaban sonoramente en el silencio de las galerías.

—¡Detente! —le gritó—. ¡Es inútil que intentes escapar!

Contuvo su furioso jadeo, pero la respuesta que llegó, amortiguada y como procedente de todas partes, fue el resonar de los pasos de Gladys, que seguía corriendo. Maldiciendo brutalmente, Calvin continuó la carrera. Llegó a la bifurcación, entró por ella, y dirigió la luz hacia delante. Todo lo que vio fue la larga galería, con varias bocas de salida a ambos lados.

Pero ya no oyó nada.

Gladys había dejado de correr. O, al menos parecía haber comprendido que el sonido de sus pasos la delataba a su perseguidor, y, o bien se había quitado los zapatos, o se limitaba a caminar sigilosamente. Turner comprendió que, sin proponérselo, estaba ayudándola, al enviar la luz hacia delante. Tan sólo con el

resplandor, ella podía ver perfectamente por dónde caminaba, evitando así tropezones, caídas…

Apagó la linterna, sonriendo cruelmente.

Oscuridad y silencio absolutos.

—¿Que pretendes? —Alzó la voz Turner—. ¿Perderte para siempre en estas galerías? Muy bien, si eso es lo que quieres… Pero hagas lo que hagas, jamás saldrás de aquí. Ya otra lo intentó también, y la alcancé enseguida. Aunque quizá debí dejarla, para que, al volver yo acudiese suplicante a mis pies. Eso sí, «Dog» no la había devorado… Sé que me estás oyendo…

CAPÍTULO VIII

PEGADA contra la pared, con los ojos muy abiertos hacia la impenetrable oscuridad, Gladys Robbs, en efecto, oía perfectamente la voz de Calvin Turner. Y oía, también, el fortísimo y desacompasado latir de su propio corazón. Cada latido era como un cañonazo que resonaba en todo su cuerpo, ¡pom, pom, pom, pom…!

—Te lo advierto —oyó de nuevo a Turner—: si no vienes, te voy a dejar aquí abajo encerrada con «Dog». No puedo perder más tiempo contigo, ¿comprendes? ¡Tengo que ir a buscar el dinero de tu marido! ¿No quieres venir?

Durante tinos segundos, de nuevo el silencio. Gladys parecía estar clavada a la pared. Sus manos se pegaban a ella, su espalda, su cabeza…

—No seas ilusa —resonó de nuevo la voz de Turner, estremeciéndola—. Sólo estás prolongando tu agonía. De un modo u otro, tienes que morir. Ven y deja que acabe contigo como hice con las otras. Tengo que hacerlo, ¿comprendes? ¿Acaso prefieres quedarte aquí abajo para siempre, y que «Dog» te devore? Yo te ofrezco algo mucho mejor: una muerte lo bastante rápida, y luego te llevaré arriba, y te dejaré en la carretera, para que te recojan… Vendrán a buscarte los tuyos, y te enterrarán en el bonito panteón familiar, o quizá te incineren y te tiren al mar… ¿No es mejor esto que ser comida por un perro? Lo voy a llamar si no te acercas, jovencita… ¡Contesta! ¿Vienes o no? ¿No? Muy bien… ¡«Dog»! ¡«Dog», aquí…!

La voz de Turner seguía resonando cuando Gladys lanzó su alarido, al oír, precisamente junto a sus piernas, el gruñido de respuesta del perro… ¡Lo había tenido junto a ella, y no se había dado cuenta!

Oyó las pisadas de Turner, y comprendió que por su grito la había localizado, la iba a encontrar muy pronto. Seguía oyendo

junto a ella los sordos gruñidos de «Dog», pero echó a correr. Tras ella, Calvin Turner había encendido la linterna, y su luz dio un momento en la espalda de Gladys antes de que ésta entrase por otra galería.

Luego, se apagó enseguida, pero Gladys siguió corriendo, tropezando, enloqueciendo por no poder gritar, porque sabía que si lo hacía él la iba a encontrar en pocos segundos. Corría más que ella, llevaba luz…

Entró por otra galería, y se detuvo, pegándose de nuevo a la pared. Ya no veía ni siquiera el resplandor de la linterna, ni oía a Turner. Debía haber apagado la luz otra vez. Quizá lo había desorientado. Pero…, ¿y el perro? ¿Era posible que una persona pudiese escapar a la persecución de un perro?

Se mordió los labios para no gritar de nuevo cuando el áspero pelaje del animal rozó sus piernas. Y sólo entonces, por encima de su jadeo, oyó el del perro, junto a ella, tocándola…

La voz de Calvin llegó de nuevo, como si procediese de todas partes:

—Estás acabando mi paciencia, te lo advierto. Lo tengo todo muy bien montado para correr riesgos de ninguna clase, ni contigo ni con nadie, así que no te dejaré viva aquí dentro… Sé que me estás oyendo, Gladys. Vamos, no seas obcecada… Ven a que te proporcione tu noche de amor eterno. Ya has tenido el amor: ven a buscar tu eternidad…

Gladys no se movió. ¿Loco? ¿Estaba loco Calvin Turner?

—No creas que estoy loco —dijo él, sorpresivamente—. Sé lo que estoy diciendo. Y me parece que tú lo has comprendido, porque eres más lista que las otras… ¿Verdad que lo has comprendido? No existe Rosalind, ni nada parecido, ni nadie me dejó nunca… Lo que ocurre es que me divierto con el juego que un día se me ocurrió empezar… Las mujeres sois grotescas a veces: os lo creéis todo, queréis ser más listas que nadie a la vez… ¿No lo comprendes? Todo esto está organizado. Nada de Rosalind… Nada. Yo espero en el aeropuerto, o en otros sitios, y elijo mi víctima. Os veo llegar, sé que vais a casaros, sé que saldréis a pasear, a ver las estrellas. Entonces, os sigo, y ya sabes lo demás. Luego, cuando he matado a vuestros maridos, los dejo aquí, y a vosotras os saco al exterior, y os tiro en una carretera, antes de que amanezca. Y también antes de

que amanezca, además de haberme quedado con vuestro dinero que lleváis encima voy a vuestro alojamiento, si es posible, a buscar el que tengáis allí. Por eso, a ser posible, siempre elijo una pareja que esté alojada en un motel, porque es fácil llegar a vuestra cabaña, entrar, y recoger el dinero. Esta vez ha sido un golpe de los buenos: casi diez mil dólares, en total. Y mientras yo me quedo con vuestro dinero, que es lo único que me interesa, vosotras os quedáis con vuestra noche de eterno amor… ¿Y sabes por qué es amor eterno? ¿Lo sabes? ¡Contesta!

Lo único que hizo Gladys fue tragar saliva, sin atreverse a más, porque de nuevo había notado el pelaje de «Dog» en una de sus piernas, y había oído, en el silencio que siguió a las últimas palabras de Turner, el sordo gruñido del animal…

—Pues es amor eterno, porque no habéis tenido tiempo de perderlo. Por eso es amor eterno. Por eso creo que vosotros, los que yo elijo, tendríais que estarme agradecidos: evito que, con el paso de los años, o quizá sólo de unas semanas o unos meses, ocurra eso tan lamentable: la indiferencia, la infidelidad entre vosotros… ¿No es triste que un amor se convierta luego en un fastidio? Por eso es mejor morir en pleno amor, cuando es lo más importante en vuestras vidas. Es bello morir amando, sin haber tenido tiempo de destruir el amor. Os amáis, y luego morís: vuestro amor será eterno. Vuestras noches de bodas son noches de amor eterno gracias solamente a mí. ¿Qué vale más, la vida o un amor tan hermoso, que jamás será mancillado por ninguna circunstancia? ¿No vale más una sola noche de verdadero amor, que se convierte en eterno, que una vida en la que luego lo ensuciáis todo vosotros mismos? Muchos vienen a casarse a Las Vegas, pero también son muchos los que vuelven muy pronto a divorciarse… Ésos son unos desdichados. Vosotros sois privilegiados, pues jamás morirá vuestro amor: sólo morís vosotros.

De nuevo cesó la voz de Calvin Turner, y el silencio fue total. De pronto, aterrada, Gladys comprendió la maniobra de Turner: le estaba hablando para mantenerla inmóvil… Igual que un pajarillo ante la mirada de una serpiente, ella permanecía allí como encantada, como si las palabras, la voz de Turner la impidiese pensar en otra cosa, reaccionar… Y él debía comprenderlo así, le hablaba para tenerla como hechizada, hipnotizada.

¿Qué haría «Dog» si ella se movía? ¿Se limitaría a seguirla, como antes, o la atacaría?

Movió cuidadosamente un pie, otro… Rozó al perro, pero eso fue todo. Con las manos extendidas hacia delante, Gladys continuó caminando, procurando no hacer el menor ruido.

Tras ella, o quizá delante, o… o no sabía ya dónde situarla, de nuevo sonó la voz de Turner:

—Y te diré que no sólo morís por bondad mía al querer procuraros un amor eterno. No… Claro que no. Os hago un favor, un gran servicio, y es justo que me paguéis de algún modo las noches de amor eterno que os proporciono. Y ese único modo, es el dinero. Es lo único que realmente me interesa de vosotros. Pero, claro, tengo derecho a divertirme también… Algún día conseguiré hacerme millonario en Las Vegas, pero, mientras tanto, esos malditos casinos absorben todo el dinero que puedo reunir. Y tengo que procurarme más, y más y más… ¿Y amor? ¿Acaso yo no tengo derecho también al amor? Por eso, se me ocurrió lo de inventar a Rosalind, como algo divertido…, y el resultado fue sorprendente: todas, sin excepción, habéis jugado a ser Rosalind mientras esperabais a vuestro marido… que yacía ya en la cámara mortuoria. Y me habéis amado como me amaría la Rosalind que yo mismo pudiese crear. Así que, a cambio de las noches de amor eterno, vosotros me proporcionáis lo que necesito: dinero, diversión…, y amor. Pero, claro, eso no se podía hacer de cualquier manera, no… ¿Y sabes cómo lo planeé? Pues siempre elijo a muchachas rubias. Siempre. Y siempre hago las mismas cosas y del mismo modo: os traigo aquí, los mato a ellos, os amo a vosotras, y luego salimos, porque me… convencéis. Una vez arriba, os estrangulo, os quito toda la ropa, y os tiro a la carretera. Con esto estoy volviendo loca a la Policía. Hay un tal teniente Nash que acabará suicidándose de desesperación. Está encargado del caso de las muchachas estranguladas… Pero debe tener la, cabeza llena de grillos, debe estar buscando a un loco, a un perturbado que sólo quiera asesinar muchachas rubias, debe estar pensando una teoría tras otra, investigando por todas partes menos por donde debería hacerlo. Pero, claro, si lo hiciese, si vigilase a todas las chicas rubias de Las Vegas, cosa que por otra parte sería movilizar a toda la policía del país, yo no haría nada… Lo tengo yo más controlado a él que él a

mí, naturalmente. Me conoce, me ha visto muchas veces, pero… ¿Cómo imaginarse que el tranquilo y pacífico Calvin Turner es el loco, el perturbado homicida? Y así, mientras él se pierde en todas esas teorías que se le deben ocurrir yo sigo con mi negocio… Y sería ya rico si no fuese por los malditos casinos… Porque claro, ya procuro elegir parejas con dinero, como vosotros… ¿Me oyes?

Realmente sugestionada, Gladys abrió la boca, pero, por fortuna, este movimiento reflejo que había estado provocando Calvin Turner tuvo la contrapartida del espanto cada vez mayor que estaba sintiendo.

Porque, sin la menor duda, Calvin no era un loco. Si lo hubiese sido, aún podría quizá haberle convencido, podría intentar engañarlo, o manejarlo de alguna manera, aunque fuese… con amor. Aunque de nuevo tuviera que convertirse en Rosalind, siempre podía tener una oportunidad.

Pero no tenía ninguna con un asesino. Eso era Calvin Turner: simplemente, un asesino. Un asesino frío, metódico, inteligente, que además de matar, se divertía haciéndolo, y tomándole el pelo a la Policía, riéndose de ella. Sin trampa ni cartón: un asesino que robaba, abusaba y mataba.

A semejante bestia inmunda no se le podía convencer de ninguna manera. Desde el primer momento, sus víctimas estaban condenadas a muerte irremisiblemente. Era parte de un plan que le estaba funcionando a la perfección, y no lo iba a variar por nada. Luego, cuando ya había matado, abusado, robado y escarnecido, simplemente, volvía a Las Vegas, y circulaba entre las personas, como si él también lo fuese, como si no mereciese lo más horrible del mundo, como si…

—¿Me oyes? —Alzó la voz Turner.

Gladys estaba todavía con la boca abierta. La cerró. No debía haber tardado en concretar aquellos pensamientos ni siquiera un segundo, como en una imagen global que la aterraba… ¿La aterraba? ¿Realmente? Ya ni siquiera sabía lo que sentía. ¿Quizá era que no sentía nada ya?

Se dio cuenta de que se había detenido, y eso la sobresaltó. Siguió caminando, notando junto a ella la presencia de «Dog» oyendo la respiración del animal, notándola caliente en sus piernas de cuando en cuando…

No pudo evitar el brevísimo grito cuando tropezó y cayó hacia delante. Inmediatamente, a su derecha, brilló la luz de la linterna, desde el fondo de una galería, y oyó las rápidas pisadas de Calvin Turner. Echó a correr galería adelante, pero volvió a detenerse enseguida, recordando que si corría iría delatando siempre su posición. Se detuvo, aspiró hondo, y continuó la marcha de nuevo sigilosamente.

Y detrás de ella no oía nada. Ni veía luz.

«Dog» gruñía a su lado, de aquel modo sostenido, sordo. ¿Por qué no la atacaba? ¿Porque le había dado comida y le había rascado las orejas? Podría ser… Sí, podría ser: los animales son mucho más consecuentes que las personas. Si son amigos, lo son siempre y para siempre: ya jamás variarán, a menos que se vuelvan locos, o rabiosos, o algo que los perturbe grandemente…

Gladys se detuvo, y aguzó el oído.

Nada.

Oscuridad, silencio… ¿Por qué no hablaba Calvin Turner, como antes? ¿Por qué no seguía contándole cosas, fascinándola con su voz, para intentar mantenerla inmóvil en un mismo sitio mientras él la buscaba? ¿Por qué no…?

Dio un par de pasos más, siempre con las manos por delante. Tocó pared, tierra, y se detuvo. ¿Había llegado a una galería sin salida, quizá?

Se volvió, dispuesta a desandar el camino, y tropezó con algo… Con alguien, que rió agudamente. Fue empujada contra el fondo de la galería, y al mismo tiempo, la luz de la linterna caía sobre ella, desde menos de tres pesos, deslumbrándola, cegándola tan completamente como antes la oscuridad… Con los ojos cerrados, las manos sobre los párpados, Gladys comenzó a gritar, estremeciéndose, presa del histerismo que había ido acumulando. Sus gritos la ensordecían a ella misma, parecían rebotar de una pared a otra…

Una mano fortísima cayó sobre las suyas, alcanzando parte del rostro, haciéndola rebotar de nuevo contra la pared.

—¡Ya basta! —Gritó Calvin Turner—. ¡Deja de gritar y terminemos de una vez!

Dejó la linterna en el suelo, apuntando hacia ella, y se acercó a Gladys, que movía negativamente la cabeza, gemía, gritaba, aullaba

de espanto…

Fue entonces cuando el perro se colocó entre ella y Calvin Turner.

Y éste se detuvo en seco.

—¿Ahora sales tú? —Gruñó—. ¡Quita de ahí!

«Dog» mostró los dientes, gruñendo de aquel modo sordo, pero Gladys seguía gritando tanto, como enloquecida, que Turner no pudo oír el gruñido del animal. Pero sí captó su actitud, vio el brillo de los amarillentos dientes, notó el pelaje del lomo del animal erizado…

—Te voy a enseñar, animal asqueroso…

Lanzó un puntapié, furioso, hacia las fauces de «Dog» pero la agilidad del perro era muy superior a la suya. Se apartó, gruñendo con más fuerza, y Calvin Turner, llevado por el impulso, perdió el equilibrio, giró, y cayó sentado…, y ya gritando espantado al ver al perro saltar inmediatamente hacia él.

Lo primero que se le ocurrió, lívido ante el feroz ataque, fue adelantar las manos para frenar el impacto del poderoso animal, mientras le gritaba órdenes que, al parecer, «Dog» no estaba dispuesto a admitir. El perro chocó contra las manos, en efecto, pero lanzó una dentellada terrible, que se llevó los dedos meñique y anular de la mano izquierda de Calvin Turner.

Éste lanzó un grito espantoso, y con el puño derecho golpeó en el morro al perro, que emitió un aullido, retrocedió, y rodeó inmediatamente a Turner, hacia atrás, agazapándose… Gladys contemplaba la escena horrorizada, y chilló cuando el perro saltó de nuevo contra Turner, en el momento en que él llevaba su mano derecha en busca de la pistola gritando.

La muchacha presenció el choque, lanzó otro alarido, y se abalanzó hacia la linterna, la tomó del suelo, y echó a correr. Uno de sus zapatos saltó hacia arriba al soltarse, pero ella siguió adelante, cojeando, dejando tras ella una mezcla de gritos y rugidos que le ponía los cabellos de punta… Estuvo a punto de caer, se deshizo del otro zapato, y siguió corriendo, lanzando la luz hacia delante, gritando, gimiendo, llorando… Tras ella, de pronto, resonó el disparo.

Oyó el tremoleante aullido del perro, y se volvió. Del techo, comenzaron a desprenderse unas nubecillas de polvo…

—¡Gladys! —Oyó—. Vuelve aquí. ¡Vuelve!

La voz de Turner era ahora una súplica entre aterrada y furiosa. O quizá un grito entre exigente y aterrado… Ya no se oía el gruñido ni el rugir de «Dog». Gladys dio media vuelta, y continuó corriendo, no sabía hacia dónde… Pero sí sabía que se alejaba de Calvin Turner.

Eso sí lo sabía.

Y cuando, de pronto, al desembocar en otra galería, vio la escalera de madera que ascendía, se detuvo en seco, y se quedó mirándola como si no comprendiese, como si no pudiera saber qué era aquello, qué significaba.

Pero esto fue sólo una fracción de segundo. Enseguida, se abalanzó hacia la escalera, se asió a ella con una mano, y comenzó a subir, a subir… Uno de los travesaños crujió, y Gladys gritó, soltando la linterna cayó, girando, produciendo un juego de luces y sombras, que Gladys, aferrada con todas sus fuerzas a la escalera, estuvo contemplando con expresión desorbitada, mirando por encima de su hombro hacia abajo.

De pronto, oyó el golpe, y la luz se apagó.

De nuevo silencio y oscuridad.

La muchacha permaneció inmóvil unos segundos, vuelta la cabeza hacia abajo. Se dio cuenta de que estaba jadeando fuertemente, de que, igual que cuando conducía el coche horas antes, las manos le sudaban de angustia… Y ahora, además, le dolían.

Pero también se dio cuenta de que estaba camino de la salida, de la salvación. La escalera no se había roto. Simplemente había crujido, y ella se había asustado. Respiró hondo, en un trémulo fortísimo, y continuó hacia arriba…

De muy lejos, llegó la voz de Calvin Turner:

—¡Gladys, no conseguirás salir! ¡Dime dónde estás!

Pero justo entonces, chillando de alegría, Gladys Robbs llegaba a lo alto de la escalera, y se quedaba tendida en el suelo, jadeando. Todavía no podía pensar en la increíble suerte que había tenido. Lo que sí pensaba era que, aun a oscuras, Turner encontraría pronto la salida. Quizá no tan pronto como si dispusiera de la linterna, pero la encontraría…

Se puso en pie, y echó a correr, dando trompicones, rampa

arriba. Muy pronto comenzó a ver el resplandor del exterior, aquel resplandor que llegaba de Las Vegas.

Y veinte minutos más tarde, Gladys salía de la mina, al aire libre, fresco, que provocó un larguísimo escalofrío en su desnudo cuerpo sudoroso. Distinguió, perfectamente el camino lleno de ásperos matojos… ¡El camino que llevaría a la libertad y a la vida! Echó a correr hacia él, pero, de pronto, se detuvo, aterrada ante lo que había estado a punto de hacer: si Calvin salía, la iba a perseguir con el coche, y la alcanzaría enseguida.

Fue adonde había dejado el coche, con la esperanza de que las llaves estuviesen allí, pero, desde luego, no estaban. Los desorbitados ojos de la muchacha fueron de un lado a otro. De pronto salió del coche, alzó el capó del motor, y comenzó a arrancar cables frenéticamente.

Luego, sí: echó a correr hacia el camino.

CAPÍTULO IX

CALVIN TURNER apareció en la salida de la mina corriendo a toda velocidad, jadeando de tal modo que todo su cuerpo se estremecía como sacudido por descargas eléctricas.

Pero aun así tuvo fuerzas para lanzar una horrenda maldición al no ver a la muchacha. Sabía que no le llevaba demasiada ventaja, pero, ciertamente, no podía perder ni un segundo… Sabía que Gladys había salido, porque al llegar al pie de la escalera de madera, había estado a punto de resbalar al pisar la linterna. La había recogido, pero la tiró pronto, pues se había estropeado… Al menos, le sirvió para permitirle comprender lo ocurrido: ella había subido, y la linterna se le había caído…

Había subido. Es decir, que estaba corriendo hacia la carretera.

Se metió en el coche, y sólo entonces, cuando iba a poner las llaves, se dio cuenta de que el capó estaba alzado. Profiriendo otra horrenda maldición, saltó del vehículo, y fue a contemplar los destrozos causados por Gladys. Sí, ciertamente, en eso no había mentido él: Gladys era la más joven y la más lista de las mujeres que había llevado allí.

Comprendiendo que reparar aquello le iba a llevar tanto tiempo que la muchacha incluso podría llegar a pie a Las Vegas antes de que él lo consiguiese, Calvin Turner se lanzó a pie hacia el camino, dejando tras él un rastro de sangre que brotaba de su mutilada mano izquierda. ¡El maldito «Dog»…! ¿Qué demonios le había ocurrido a aquel animal? Había podido matarlo, pero finalmente, la pistola había saltado de su mano, y aunque había estado tanteando buscándola, prefirió no perder más tiempo en ello, y salir detrás de Gladys: para matar a la muchacha no necesitaba la pistola. Le bastaban sus manos… y le producía mucho más placer hacerlo así. Era formidable tener entre sus dedos una delicada garganta, y apretar, apretar, apretar…

Tuvo que detenerse, sin resuello. Le parecía que tenía dos lanzas clavadas a ambos lados del cuello, por encima de las clavículas, y le dolía terriblemente el costado derecho. Se dejó caer en tierra, y permaneció así unos segundos, recuperando parcialmente el aliento, jadeando, mientras miraba a su alrededor.

«No puede estar muy lejos —pensó—. Es sólo una chica, no puede haber corrido tanto sin parar, sería imposible… Ella también tiene que descansar, también tiene que detenerse. Y debe estar mucho más agotada que yo…».

Se puso en pie, dispuesto a proseguir la persecución.

Gladys lo vio ponerse en pie por entre los matorrales, y se encogió aún más tras ellos. Tenía la sensación de que el pecho le iba a estallar, y también la cabeza, y además se estremecía fuertemente a cada instante, pues el aire fresco de la noche parecía adherirse a su sudoroso cuerpo.

Procurando contener sus jadeos y sus estremecimientos, la muchacha miraba a Calvin Turner, que la había adelantado en la marcha hacia la carretera. Por suerte había tenido que detenerse a recuperar el aliento, pues si hubiese seguido corriendo, él ya la habría alcanzado, y en aquellos momentos la estaría estrangulando.

Sí. Seguramente eso es lo que estaría haciendo en aquellos momentos Calvin Turner: apretando su cuello con aquellos dedos horribles, tan fuertes…

De un modo inconsciente, Gladys pensaba que no debía moverse. No debía intentar, por el momento, seguir corriendo hacia la carretera. Turner no la había visto, pues ella se había dejado caer junto a unos matorrales, lo había visto llegar, y se había escondido.

Calma, Calma. Calma, Gladys…

Lo vio de pronto reanudar la carrera hacia la carretera. No había estado muy segura antes de que hubiese elegido la dirección correcta después que terminó el camino, pero ahora sí podía estar bien segura. Si Turner iba en aquella dirección, era que la carretera estaba hacia allí.

Esperó hasta que dejó de verlo, y entonces se dispuso ella a correr también hacia allí, pero desviando su marcha con respecto a la de él. Siguió corriendo, corriendo, corriendo… Y de pronto, por delante de ella, a menos de cien yardas, aparecieron dos intensos puntos de luz, veloces, que se perdieron hacia la luminaria de Las

Vegas, dejando atrás un zumbido de motor.

¡La carretera!

Sollozando de alegría, Gladys enderezó la marcha hacia allí, hacia donde acababa de ver pasar el coche. Sabía que por allí pasaban coches continuamente, incluso a aquellas horas de la madrugada. O camiones… Muchos camiones. Por lo menos, camiones…

Pero todavía estaba en el aire, vibrando su grito de alegría, cuando Calvin Turner se irguió ante ella. A menos de veinte pasos, él apareció de pronto. Y a la luz de Las Vegas, Gladys pudo ver su rostro con una claridad escalofriante. Un rostro lleno de sudor, crispado en una mueca satánica, relucientes los ojos…

—¡No! —Gritó Gladys—. ¡No, no, no…!

Calvin Turner emitió una risa gutural, profunda, estremecedora, y tendió sus brazos hacia ella.

—Ven, Gladys —jadeó—. Te llamas Gladys, ¿verdad? ¿O eres Rosalind?

Volvió a reír, de aquel modo horrible. Y aún rió más cuando, al intentar ella seguir corriendo hacia la carretera, le cortó rápidamente el camino…

—¡Socorro! —Gritó Gladys—. ¡SOCORROOOOO…!

Su voz, en la que puso todas sus fuerzas, le produjo a ella misma la impresión de que era una simple gota de agua que caía en el mar. Ni siquiera debió llegar a la carretera… ¡Ni siquiera a la carretera! Y aunque hubiese llegado hasta allí, ¿cómo podía una persona que iba oyendo el motor de su coche, o quizá escuchando música, oírla…?

—Grita, grita —rió Calvin—. ¡Grita, eso me divierte mucho! ¡Grita!

Gladys tuvo intención de correr hacia su derecha, y él se desvió hacia allí. Lo intentó hacia la izquierda, y Turner le cortó también el camino por esa parte. Y cada vez estaba más cerca, cada vez más cerca, más cerca…

La resistencia de Gladys Robbs llegó a su fin llorando ya a todo pulmón, se dejó caer al suelo, quedando de rodillas, inclinándose hacia delante, para no ver acercarse a Turner. Era como si se hubiese olvidado de él, pero, entre el llanto, entre los estremecidos sollozos, Calvin Turner podía oír sus súplicas:

—No me mate, no me mate, por Dios no lo haga, no me mate, no me mate…

Calvin Turner la derribó de un puntapié, y cuando ella intentó moverse, le puso el pie en el pecho, cruelmente, apretando, inmovilizándola…

—No me mate, no me mate, no me m…

—¿Que no te mate? —Casi aulló él—. ¡Maldita seas, has estado a punto de estropeármelo todo, me has dado más molestias que ninguna…! ¡Vas a ver si te mato o no te mato!

Se colocó a horcajadas sobre el vientre de la muchacha, y sus fortísimas manos rodearon la delicada garganta sudorosa. Los dedos resbalaron un instante, pero enseguida, con la poderosa presión; quedaron como clavados allí.

—Lentamente —jadeó Turner—. Así… Lentamente, lentamente, lentamente…

Ya sin que de su boca pudiera brotar sonido alguno, Gladys se debatía en vano, lanzando primero manotazos al rostro y a los brazos de Calvin Turner, intentando luego arrancarse aquellas manos, braceando finalmente hacia todos lados, arañando la tierra, el aire, el rostro del asesino… Y en uno de esos braceos, su mano golpeó contra una piedra. La mano giró, los dedos se crisparon sobre la piedra, el brazo se movió…

¡Clock!, resonó la cabeza de Calvin Turner, un instante antes de que éste fuese derribado hacia atrás y un lado.

Gladys se puso en pie como disparada, y lo vio moviéndose, colocándose de rodillas, gimiendo. También vio la gran mancha oscura y brillante que aparecía rápidamente en un lado de la cara de Turner, y vio cómo éste llevaba las manos allí, y las retiraba manchadas de sangre… Sí, era sangre.

Abrió la mano, dejando caer la piedra, y lanzó un alarido, echando a correr hacia la carretera una vez más. Volvió la cabeza, y sus desorbitados ojos buscaron a Turner, que se estaba poniendo en pie, vacilante. Vacilante, pero salió tras ella, dando tumbos de un lado a otro. Gladys corría y volvía la cabeza hacia atrás, gritaba, volvía a mirar hacia delante… Y gritaba con más fuerza cuando, al volver la cabeza, veía que Turner se iba acercando, recuperándose…

Pero, por su derecha y hacia delante, también dos poderosos

haces de luz se iban acercando, en dirección a Las Vegas.

* * *

—Como esta vez no tenga más suerte —farfulló Riley—, te aseguro que no vuelvo a jugarme un cochino centavo más en esta maldita ciudad.

—Siempre dices lo mismo —rió Bolden, su ayudante—. Siempre dices lo mismo, y siempre vas a jugarte unos cuantos dólares.

—Pues esta vez, si no gano, será la última. ¡Qué demonios, estoy harto de dejarme ahí la mitad de mi paga!

—Más harta debe estar tu mujer. Por mi parte, prefiero divertirme un poco con alguna chica… Y a la larga, sale más barato.

—Pero yo creo que a Susan no le gustaría saber eso. Te apuesto una de esas cajas de naranjas a que ella preferiría que te jugases esos dólares en una ruleta.

Se echaron a reír los dos. Siempre atentos a la carretera, que brillaba a la luz de las potentes luces del camión cargado de naranjas procedentes de California. Habían hecho juntos aquel viaje infinidad de veces, y sabían sacarle partido. Bien está que un hombre trabaje, pero también tiene derecho a pasarlo bien de cuando en cuando, al menos. ¿Hay que llevar naranjas del valle de San Fernando a Las Vegas? Okay, se llevan. Pero cuando las naranjas han sido entregadas, pues, ¡qué demonios!, a divertirse un rato antes de volver a casa.

—Si quieres —dijo de pronto Bolden—, le digo a la chica de Las Vegas que te busque una amiguita de ella.

—No, no.

—Vamos, hombre… ¡Cambia siquiera una vez de táctica!

—Ya sabes que no acaba de gustarme eso.

—Desde luego, eres un tipo raro —refunfuñó Bolden—. ¿Qué tiene de malo divertirse un poco? Mira, yo también quiero a mi mujer, pero… Bueno, las cosas cambian con el tiempo. Nada es eternamente igual. Nada es eterno. Ni siquiera el amor…, quiero decir la clase de amor del principio, ¿comprendes? Luego tienes un par de hijos, la mujer siempre está pensando en otras cosas, y…

—No vas a convencerme. Yo, a lo mío: entregamos el camión para que lo descarguen, cinco o seis horas de sueño, y ¡a la ruleta! Además, algunas veces gano, y en conjunto, al cabo del año no me sale tan mal. El año pasado pude comprarle a Pete una… ¡Por mi

santa madre! —aulló de pronto.

Bolden respingó también debido al sobresalto de su amigo; al auténtico salto que dio en el asiento, casi perdiendo el volante, que se apresuró a sujetar fuertemente, mientras Bolden miraba hacia delante…, y pegaba también un salto, respingando, al ver a la mujer desnuda, en medio de la carretera, con los brazos abiertos, recibiendo de lleno las luces del camión. Y tan cerca, que parecía inevitable que éste la aplastase. Estaba tan cerca, que el enorme camión, con toda lógica, tenía que aplastarla.

Pero tanto Bolden como Riley, llevaban muchos años de volante, muchos años conduciendo camiones enormes, y los reflejos del último tuvieron que actuar con lógica: con seco gesto, Riley desvió la marcha del camión naranjero, girando el volante hacia la izquierda, para mantenerse en la carretera aprovechando que no venía ningún vehículo procedente de Las Vegas.

Y, en efecto, consiguió apartar la trayectoria del camión de la mujer…, pero, justo cuando, procedente del desierto, invadía la carretera otro personaje: un hombre ensangrentado, que se lanzaba hacia la mujer con las manos tendidas, crispadas, chorreando sangre, como un loco, como un auténtico poseso incapaz de ver nada, de darse cuenta de que el enorme camión…

—¡Riley! —aulló Bolden, señalando al hombre.

Pero ya era demasiado tarde. Riley, posiblemente había visto al hombre incluso antes que su compañero, pero, en verdad, no se pueden hacer milagros con un camión cargado con mil cajas de naranjas.

En el último instante, el hombre que se abalanzaba hacia la mujer, volvió la cabeza, y sólo entonces pareció ver el camión, como si hasta aquel momento hubiera sido incapaz de ver las potentes luces, la gran mole… Como si hasta aquel momento, solamente hubiera existido en el mundo la mujer.

Y en ese último y brevísimo instante, Bolden y Riley pudieron ver la velocísima metamorfosis en la expresión del hombre: el miedo, el espanto, el más grande susto del mundo se reflejó en aquellos ojos desorbitados, deslumbrados, y en la crispada cara manchada de sangre.

Finalmente, el diminuto obstáculo que para el camión significaba aquel hombre, fue apartado, lanzado hacia delante a

gran distancia, convertido en picadillo.

CAPÍTULO X

EL hombre y la mujer que esperaban sentados, inmóviles, como hipnotizados, en la pequeña salita de aquel piso de la clínica, se pusieron en pie cuando vieron abrirse la puerta en la cual tenían clavada la mirada.

Vieron salir a los dos hombres, y, mientras el más joven, el atleta, cerraba cuidadosamente la puerta, el otro suspiraba y se pasaba un pañuelo por el rostro. Luego, los dos los vieron, y se acercaron. El de más edad, intentó conseguir una sonrisa amable, pero lo cierto fue que no le acompañó demasiado el éxito.

—¿Señores Alcomb? —murmuró.

El hombre tragó saliva, asintiendo con la cabeza.

—Sí —apenas se le oyó—. Sí, sí…

—Tranquilícense: su hija se pondrá bien. De verdad, no tiene nada importante…, al menos, físicamente.

—¿Qué quiere decir? —Se crispó la voz de *mistress* Alcomb.

—Está en perfectas condiciones físicas… Oh, perdón: soy el capitán Jarvis, de Homicidios. Él es el teniente Nash. Hasta ahora ha estado encargado de este caso, que, según entendemos, ha terminado. Respecto a su hija, lo que trataba de decir es que va a necesitar una larga temporada de descanso, de tranquilidad, de reposo. Más mental que físico. Pero, naturalmente, se sobrepondrá.

—Pero ¿qué ha pasado? —Exclamó el padre de Gladys—. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Se lo explicaremos en otro momento, señor Alcomb. Nosotros tenemos todavía algunas cosas que hacer, y, en cambio, su hija agradecerá su presencia. Ya sé —vaciló Jarvis—, que ustedes no necesitan consejos, pero quisiera darles uno, señor Alcomb.

—¿Cuál?

—Nada de reproches a Gladys. Ni ahora ni nunca…

—Nosotros…

—Por favor, déjeme terminar. Ella nos lo ha contado todo, de modo que estamos al corriente incluso mejor que ustedes, por el momento. Personalmente, después de escuchar a su hija, pienso que ya es un milagro que no haya perdido la razón, así que… no hurguemos en su mente, no provoquemos sus recuerdos. Ella es muy joven, muy bonita, es inteligente… Quizá no olvidará nunca lo que le ha ocurrido esta noche, pero las posibilidades serán mayores si nadie le pide explicaciones, ni le hace reproches. Se enamoró, se vino aquí, y se casó. Ella les irá contando lo sucedido a su paso, a su aire, sin prisas. Pero ustedes no le hagan jamás ninguna pregunta. Nosotros se las hemos hecho por obligación, y, créanme, hubiésemos querido estar a mil millas de la chica.

—Yo, en la Luna —dijo sombríamente Cliff Nash—. Ustedes pueden ahorrárselo a sí misma y a ella. Si quieren saberlo todo, con gusto les informaremos en el Departamento.

—Está bien —asintió Alcomb—. Nosotros somos los primeros en desear lo mejor para Gladys, teniente.

—Estamos segurísimos de ello.

—¿Podemos… entrar ahora? —Casi gimió *mistress* Alcomb.

—Desde luego.

Jarvis y Nash estuvieron mirando a los Alcomb hasta que éstos entraron en la habitación ocupada por Gladys. El primero volvió a suspirar y a pasarse el pañuelo por la frente, en la que volvían a aparecer las finas gotitas de sudor.

—Bueno… Ya podrás marcharte, Cliff.

—Nunca lo habríamos atrapado —murmuró Nash, sombrío—. Nunca. Tenía que pasar algo así… ¡Por el amor de Dios, es imposible que esa muchacha olvide lo que nos ha contado, señor!

—El tiempo es la mejor medicina para estas cosas, Cliff.

—Ojalá… Trece muertes… ¿Se da cuenta? ¡Ese Calvin Turner mató a trece personas! Creíamos que sólo había estrangulado a seis mujeres, y resulta que también había asesinado a sus maridos… Y ese detalle de mantener ocultos los cadáveres de ellos, y tirar a la carretera a las mujeres estranguladas… Hay para volver loco a cualquier policía, pero… no es eso lo que me preocupa… ¿Qué clase de sujeto podía hacer una cosa así? ¿Cómo es posible que existan seres semejantes? ¿Cómo?

—Tranquilízate. Si no me equivoco, tu novia va a llegar

mañana…, y tenemos todavía muchas cosas para arreglar.

—¿Loraine? No, no vendrá: le puse un telegrama diciéndole que…

—Vamos, Cliff, despierta. Ella vendrá a pesar de todo.

—No, no. Yo le decía en el telegrama…

—Olvídalo —gruñó Jarvis—: todavía tienes mucho que aprender sobre las mujeres. Aunque me pregunto si hay alguien que pueda alardear de conocerlas ni siquiera lo estrictamente indispensable.

—Loraine no vendrá.

Éste es el final

—SI no recuerdo mal —gruñó Cliff—, te decía en mi telegrama que no vinieses, Loraine.

—¡Pero qué pesado eres…! —protestó ella—. ¿Qué tiene de malo que haya venido a verte?

—De malo, nada. Pero los motivos que me retenían aquí ya han terminado, así que podemos irnos inmediatamente. Has hecho el viaje en vano, porque yo pensaba…

—¿En vano? —Sonrió Loraine—. Bueno, eso es lo que crees, mi amor.

—Bueno, si nos vamos a marchar mañana mismo…

—¿Mañana? ¿Y por qué?

Cliff Nash se desconcertó.

—Hasta ahora has sido tú la que me ha estado exigiendo que aceptase por fin el traslado, para casamos, y…

—Podemos casamos en Las Vegas. Aquí mismo. Hoy… ¡Ahora mismo, Cliff!

—Pero…

—¿Por qué no? Todo es simple, todo es fácil… Cuando lleguemos a San Francisco, ya estaremos casados. No tendremos que pensar en nada. Sólo en nuestro amor. ¿No es maravilloso?

—Bien… Vaya, no sé…

—Cliff: a veces tengo la sospecha de que ya no me quieres.

Cliff Nash quedó estupefacto contemplando a su novia… Era tan dulce, tan bonita… Y tenía unos ojos tan hermosos, y el cabello tan rubio, como rayos de sol…

De pronto, la abrazó, la besó. Cuando la apartó, Loraine hizo un delicioso gesto como de ir a desmayarse.

—Ca… rámba… ¡Sí que me quieres!

—Celebro haberte conocido —sonrió Cliff—. Pero, para ir a casamos ahora mismo, yo también quisiera estar convencido de tu

amor, jovencita.

—Oh, sí… Te convenceré. Te voy a convencer ahora mismo de que te amo, de que te amaré eternamente…

—¡No! —Respingó Nash—. ¡Demonios, no! Nada de eternamente… Ni hablar de amores eternos. Yo soy mucho menos exigente: me conformo con que me quieras mientras estemos vivos. Es suficiente. Las noches de amor eterno —se estremeció—, no me interesan.

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.